ROQUE DALTON



EL TURNO DEL OFENDIDO

Roque Dalton nació el 14 de mayo de 1935 y fue asesinado el 10 de mayo de 1975 en San Salvador, El Salvador. Es, sin duda, uno de los intelectuales más interesantes y audaces del siglo xx en Centroamérica, por sus propuestas estéticas de ruptura y por su coherencia vital. Dalton, no obstante las reticencias de algunos de sus contemporáneos, se ha convertido en el escritor que más ha influido en las nuevas generaciones. Su amplia e intensa obra literaria aún se encuentra en fase de divulgación. Desde 1961 hasta 1973 (año en el que ingresó de forma clandestina a su país para integrarse al incipiente movimiento guerrillero) vivió en Cuba y en Checoslovaquia, y viajó a diversos lugares del mundo como México, Francia, Vietnam, Corea del Norte y Chile, estancias que están expresamente registradas en sus escritos. Su poesía, el género más conocido y difundido dentro de su creación literaria, lo ha legitimado como una de las voces más originales de América Latina. Sin embargo, su obra es de amplio espectro: *La ventana en el rostro* (poesía, 1961); *César Vallejo* (ensayo, 1963); *Taberna y otros lugares* (poesía, 1969); «*¿Revolución en la revolución?» y la crítica de derecha* (ensayo, 1970); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (relato testimonial, 1972); *Caminando y cantando* (teatro, 1973); *Las historias prohibidas del Pulgarcito* (poema-*collage*, 1974); *Pobrecito poeta que era yo* (novela, 1976), entre otros títulos.

El turno del ofendido

Roque Dalton



ISBN: 978-1-925019-74-2

Primera edición de Ocean Sur, 2015
Impreso por Asia Pacific Offset Ltd., China

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com
Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com
El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com
Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR
Argentina: Distal Libros ▪ Tel: (54-11) 5235-1555 ▪ E-mail: info@distalnet.com
Australia: Ocean Press ▪ E-mail: info@oceanbooks.com.au
Bolivia: Ocean Sur Bolivia ▪ E-mail: bolivia@oceansur.com
Canadá: Publisher Group Canada ▪ Tel: 1-800-663-5714 ▪ E-mail: customerservice@raincoast.com
Chile: Ocean Sur Chile ▪ Tel.: (56-2) 23002016 ▪ E-mail: contacto@oceansur.cl ▪ http://www.oceansur.cl
Colombia: Ediciones Izquierda Viva ▪ Tel/Fax: 2855586 ▪ E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com
Cuba: Ocean Sur ▪ E-mail: lahabana@oceansur.com
EE.UU.: CBSD ▪ Tel: 1-800-283-3572 ▪ www.cbsd.com
El Salvador y Guatemala: Editorial Morazán ▪ E-mail: editorialmorazan@hotmail.com ▪ Tel: 2235-7897
España: Traficantes de Sueños ▪ E-mail: distribuidora@traficantes.net
Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services ▪ E-mail: orders@turnaround-uk.com
México: Ocean Sur ▪ Tel: 52 (55) 5421 4165 ▪ E-mail: mexico@oceansur.com
Paraguay: Editorial Arandura ▪ E-mail: empresachaco@hotmail.com
Puerto Rico: Libros El Navegante ▪ Tel: 7873427468 ▪ E-mail: libnavegante@yahoo.com
Venezuela: Ocean Sur Venezuela ▪ E-mail: venezuela@oceansur.com



Índice

Todo en la sociedad actual se opone a cada una de nuestras acciones para humillarnos, para hacernos dar marcha atrás. Pero no perdemos de vista que ello se debe a que nosotros somos el mal, el mal en el sentido que lo entendía Engels: con todos nuestros semejantes, contribuimos a la ruina de la burguesía, a la ruina de su bienestar y de su belleza. Son este bienestar y esta belleza, sometidos a la idea de propiedad, de familia, de religión, de patria, lo que combatimos juntos. Los poetas dignos de ese nombre se niegan, como los proletarios, a ser explotados. La verdadera poesía vive de todo lo que no se conforma con esa moral que, para mantener su orden, su prestigio, solo sabe construir bancos, barracas militares, prisiones, iglesias y burdeles. La verdadera poesía vive en todo lo que libera al hombre de ese bienestar espantoso que posee el rostro de la muerte… Desde hace más de cien años, los poetas han descendido a las calles, han insultado a los amos, ya no tienen dioses, se atreven a besar la boca de la belleza y del amor, han aprendido los cantos de rebelión de las masas desgraciadas y tratan de enseñarles los de los poetas.

Paul Eluard, *Donner a voir*, 1929.

Me habéis golpeado azotando
la cruel mano en el rostro
(desnudo y casto como una flor donde amanece
la primavera)

Me habéis encarcelado aún más
con vuestros ojos iracundos
muriéndose de frío mi corazón
bajo el torrente del odio
Habéis despreciado mi amor
os reísteis de su pequeño regalo ruboroso
sin querer entender los laberintos
de mi ternura
Ahora es la hora de mi turno
el turno del ofendido por años silencioso
a pesar de los gritos

Callad
callad

Oíd

I
Las cicatrices

La decisión

(Juárez y Balderas, 21.30 p.m.)

Y aunque el corazón no sea el brioso animal que presentíamos
basta para beber apasionadamente el amor y los cuchillos que
[nos rodean.

Toda la ciudad gigantesca vese prisionera en esta esquina que es
[como un gran ojo abriéndose
hasta donde el infinito pide tregua a la sed de ir más allá que
[tienen los hombres.

Yo ya rescaté mi señal fulgurante:
niego el éxtasis y exalto las serenidades amargas
digo que con una pequeña sonrisa y el viejo traje limpio aceptaré
[todas las muertes que me corresponden
aún las de aquellas mujeres de ojos manantiales que dejé
[hundidas en el silencio
palpándose con las manos salobres de lágrimas el alma que
[maceré con mis bellas pezuñas.

Todo fue decidido ya hace largos segundos —oh aferramiento
[con que en la vida cae mi veloz historia—
de modo que son innecesarias las tibiezas fraternas
la estación de la ternura en este año nocturno de doce horas.

Sin embargo —¡oh apetencias traidoras!— hacia esos dulces
[esfuerzos se escapa mi sonrisa como una fresca paloma verde
y de nuevo podéis decirme el hermano pobre el destrozado
[camarada pobre
agradeciendo como un perro su pan de cada noche.

Ah de la muerte: lanzad —qué importa— los profundos anzuelos
lanzad hasta la vida si queréis como un alud posterior
aceptar es ser y yo lo acepté todo
todo
hasta eso que no queréis pronunciar por miedo a la complicidad
[siempre mortal en su tenaz tibieza.

Lejos está mi patria

Lejos del mundo, lejos
del orden natural de las palabras;
lejos,
a doce mil kilómetros
de donde el hierro es casa para el hombre y crece
como una rara flor enamorada de las nubes;

lejos del crisantemo, del ala suave del albatros,
de los oscuros mares que blasfeman de frío;

lejos, muy lejos de donde la medianoche es habitada
y nos dicta la máquina su voz sobresaliente;

lejos de donde ya quedó atrás la esperanza,
de donde el llanto nace muerto o se suicida
antes de que lo ahogue la basura;

lejos de donde los pájaros odian,
de donde te hablan de amor hediondos lobos y te invitan
a un lecho de marfil;

lejos de donde los jardines atentan contra su belleza
con los cuchillos que les dona el humo;

lejos,
lejos,
lejos de donde el aire es una gran botella gris;

de donde todos ofrecen terribles pompas de jabón
y ángeles depravados beben con niños cínicos
el veneno de la apostasía contra todas las auroras que pueden;

lejos de la murmuración de las máscaras;
lejos de donde las desnudas no ciegan con la luz de su piel;

lejos de la consolación de los vómitos;
lejos de la sensualidad del pantomimo,
de la resaca de sus imprecaciones sin fondo;

lejos, terriblemente lejos
de donde corretean por las calles los monstruos de seda,
de donde los bosques tiemblan derrotados y huyen,
de donde cada llave tiene una puerta que la espera sin sueño;
de donde germina ciega la música del oro
y ladran desatadas las jaurías del cobalto;

lejos, definitivamente lejos
de donde muere el mártir lapidado por la mofa
y el santo es un payaso que se queda callado.

La realidad robada

La sangre plena de saliva lírica
(¡oh corona de espumas!)
en la copa silvestre de la duda.

La sangre preguntando friega y friega
con el lucero mudo que olvidaste.

Jinete tentador rosa evitada
claro clarín de la paloma de espinas
sed con un gallo a cuestas
conversación del horizonte con la última lanza.

Alguien que diga Aída por favor
o piedra dura o casa
para vivir.

Tormenta

Sopla un viento tremendo.
No es sitio un pequeño agujero en mi pecho
pero sopla en él un viento tremendo…

H. Michaux

I
(10:00 PM)

Otro vaso de polvo
de la ceniza de la tierra
una lámpara que suba del vientre marino
otro eco abrevando sin querer en mi sangre

Arrodillémonos para llorar a los muertos recónditos
a los inadvertidos hagamos justicia

Afuera la lluvia sacude su cortina monótona

El frío es una hierba negra creciendo desde el asfalto

II
(11:30 PM)

Un día tuve frío y no me vieron.

Solo mi más pequeño poro estuvo alerta.

El hielo me quería decir algo.

Algo tierno, lo sé. Pero no tuvo tiempo.

¡Ese glotón abrazo de calor al rescate!

¡Qué asco, ratas, Dios, madre, qué asco!

Y el hielo es desde entonces mi enemigo…

III
(1:00 AM)

Hondo el cabello
las manos como arañas en pos de su profundidad
aquí me quedo lejos de la lluvia
con el último trago solitario

Cuando termina el día
—cada uno de estos días—
la soledad intenta apoderarse hasta de mi sombra

Se oye la tos de un ángel
la niña tos de un ángel

Alguien ha encendido las velas olvidadas

IV
(2:30 PM)

Me muerdo el dedo el puño como el loco impotente
de orlar con su furia la frente de los niños

¿Qué hierba como qué sol hago tragar al poro
qué sangre hasta hoy guardada
puedo beber
beber de pie
sin que la sed me insulte con su vómito seco
y desgarrante?

Cientos de mínimas espadas en los ojos
hundidas cientos de espinas
venidas de tus manos
de la amistad de los vecinos opacos
tan sin rostro tan solo hechos
de filo
de oscuro filo roedor silencioso

(Este que grita no soy yo
No seré yo pero alguien
grita
alguien grita de mí
dentro cerca de mí
y requisa los últimos recuerdos quemantes

Una mujer que atienda este clamor se necesita

Una mujer que ausculte esta hondura pudriéndose

Una mujer que lime esta cadena triste)

. . .

Acepté hasta las góndolas incendiadas
el paso de las muñecas rotas por el sol

el ácido sol de los borrachos maravillosos
el sol diseminado de la sal o la sed
el sol el sol como una brasa albina
acepté el sol —el corrosivo sol— en su gran copa oceánica
de rutilante daño

(La calcinación no lo es todo hijo mío

Ponte firme de pie junto a tu traje blanco
blanqueado blondamente por el sol

Moldea tu corazón la tierna llama matutina)

V
(Domingo)

Los capiteles rotos desmoronados del veneno
el veneno galopando en las venas
furioso como un ciervo asesino
rota la sed
incendiada como un planeta convicto
por la supervivencia implacable de su sol
la vieja ternura los recuerdos
todo hecho una gran herida
todo enredándose en la marisma que antes no veíamos

Al ahogamiento nos llevan todos los caminos
cortísimos todos los caminos que quedan
no hay una patria
un tacho de basura
una mujer desnuda en qué desembarcar

Pesan los párpados
y aunque pugnen los ojos por quedarse fuera
el gran abrazo de la tiniebla viene

VI
(Lunes)

El escarabajo no quiere soportar la hierbabuena
picapedrero amante como es del estiércol
orfebre de la inmundicia.

Tampoco vosotros queréis aceptar mi verdad.

Y ni siquiera sabéis que vuestra negativa os estrangula los ojos
os amputa todo el aire que viene
el que os estaba destinado.

Está bien. Cada uno llegará por sí al combate.

¡Allá de los desnudos!

. . .

Entre el soborno y la pared a escoger me pusieron
y era la tal pared de cuchillos.

Como hube de herirme
hijo de la peor plaga dijéronme
que no ama su sangre
que niégase a ser su vaso
y se desata las venas.

Furiosas todas las madres de la ciudad
no lloraron en ese día ni el degollamiento de las cebollas.

Ojalá que por lo menos los niños vengan a mí.

. . .

Se fue el último plañidero
a buscar la consolación de los bufones.

(Desnudo podría estar en esta grande plaza
iluminada por las fosforescencias de la quietud
que no habría ningún ojo intruso para verme.

¡Oh es mortal este abandono
hace surgir su propio frío de las llamas!)

Espero que alguien vendrá de nuevo para oírme
y llorará conmigo hasta el final.

Tal vez me atreva entonces a hacer menos amarga la verdad.

Te amo

Todos los días bajo todos los climas
en todos los lugares
te amo.

La mañana surge de pronto en las ventanas
y me incorporo lentamente desde la tibieza,
con agua fresca curo las heridas del vino,
y te amo.

Con nada de lo que me circunda hay desacuerdo
pero contra todo ello te amo.

Y en la vida me hundo
palpo nuevas palabras nuevos gestos ajenos
en el sol de la calle alzo mi arrasada frontera.

Te amo.

Vuelvo a la soledad y te amo.

Inútil todo lo demás.

Te amo.

Canción de cama

En la proa del grito la rebelión del sueño.

Y la del cieno.

Pero frente al relámpago en las cocinas ciegas
de la ciudad en el amanecer desconocido
solo la sombra del olvido y los desechos
del amor
el del viejo ese
el mantenido de la titiritera.

¡Ah la ruta viscosa de los sátiros
padres de toda ceremonia!

¡Ah la mugre en la sábana
madre despatarrada de la fiebre!

¡Ah la serpiente asida del reloj!

Y la canción como una gota de agua:

«En la noche de los niños
el gallo canta
un cirio rojo súrgele
de la garganta».

Insomnio

El cielo es un gran lago el lago
es un pequeño cielo.

(En este sanatorio se oye gritar hasta las piedras
los pinos como grandes dedos fuera de la tumba
reciben de la luna sólidas sombras
de humo negro o de granito

Quisiera volver a El Salvador
pero no sé si es un país soñado
un deseo tan solo
hijo del fuego verde de mi enfermedad)

El insomnio es una red roja o violeta
un pozo sin fondo
que ni el amanecer soluciona
un crucifijo en llamas
que no termina nunca de quemarse

¿Fue eso una remota campana
o el corazón?

De nuevo son las cuatro
de la mañana.

Dentro de ti mismo

¿Ni la castidad del esqueleto
que solo el polvo es capaz de mancillar
puede alumbraros?

Pues sabed que la sangre
cada día es más negra
y no cuenta siquiera con la menor espuma.

Id al hueso por luz
al sumergido cirio albo que la carne evitaba.

Ahí empieza la llama que el corazón ostenta
el fuego ajeno que el corazón dilapida.

Isla en el quinto piso

No hace calor, no.

Ni alcohol he tomado que pudiera explicar esta fiebre.

Desde mi ventana veo pasar las personas
como curiosas arañas perdidas entre el humo.

El humo.
Todo lo envuelve desde las altas chimeneas.

Si no fuera por el humo podría salir a buscar una mujer,
un vaso de agua, algo
que aún viva de la menguada frescura del mundo.

Mi niñez
también se quedó en el otro lado del humo…

Hombre de gran ciudad

Dibújeseme la tormenta entre las manos
para saciar esta diaria sed de estruendos
como el caminante que se agacha a refrescar la suya de agua
en esas fuentes que de la piedra brotan
para vergüenza del polvo

La noche

Las noches son olas orgullosos: olas de oscuro azul y de pesada cresta, cubiertas por clamores de honda destrucción, gravadas de cosas improbables, deseadas.

BORGES

I

Pausadamente caes con tu densa pureza
como el aroma de la miel en los ojos del loco
oh noche lenta deseada que has perdido
tu orden sacro en desesperadas burbujas
oh suave oscura como un pájaro muerto
como la ceniza negra de las casas del hombre
tiéndeme todos tus dedos de madre aterrada
—yo el arrodillado en cada calle
pésame el sol el surco rojo que me dejan sus llamas
repartidas en cada poro del aire—
no lo pienses más ámame tensamente
recuérdame ayer recuérdame hoy
adivíname mañana
tú con tus flores palpitantes de lodo
vacío el pétalo de esplendidez
frío y más frío frío y más frío
encendiendo echando a andar su hielo
su hálito mortal
escapado de una caverna donde todo es reptil

aun la estalactita ríspida
y el arroyo salobre nunca jamás hollado por la luz

II

He aquí que el sobresalto ya no me basta
óyelo bien tú pequeña pálida cuídate de ello
lívida suspirando bajo mi carne
mordiendo la última tira de aire
yo con tus uñas a cuestas
Ya no me basta ya quedó el sobresalto
vertiginosamente atrás inútil
como hiedra que no importa a nadie
prendida a esas rocas
que en unos días más tragará el mar.

Ríete perra envenenada
vístete en otros cuartos lentos
deseados como la noche o lo que consta al corazón
cuélgate a un nuevo cadáver
a un nuevo atril miedoso
déjame
hasta la cólera se pudre
déjame inaugurar mi dulce asco
déjame limpiar a solas
tu larga huella de sangre

III

El día no es capaz por sí desnudo
no es suficientemente amplio
oh gran cobarde que anatema sea

ante los que en él nos zambullimos buscando
espuma tibia y paz

He tocado hoy ayer desde hace un año
desde hace un siglo escaso todas sus puertas

Si
la llama está bien la luz deslumbradora
está bien bien enérgicamente no no hay duda bien
con sus heridas tengo
para ir viviendo al lado de los parias
¿pero qué más?

Llega la noche y lo destruye todo
viscoso mar arrasador
nada perdona el implacable
El día el día sí
—alguien nos salvará de olvidar sus campanas—
pero el día no da para una risa pobre
el pobre

Viene la noche y lo destruye todo

Viene la noche —se lo juro a mis ojos—
y lo destruye todo

IV
El discípulo

Hieronymus Bosch sería el único cuerdo
en los tranvías en la velocidad de la ciudad mojada
oh hijo de quien no pasa por tu padre

cerdo glorioso en el lodo no huésped temporal
sino hermano sino deudo
masticando la progenitura de la podredumbre

Claro que tampoco Ezra Pound con su sintaxis tartamuda
falso loco sin la profunda hiel del loco o la baba esmirriada
de los fusilados que no saben de qué arrepentirse
y no me contradigas hermano del peor perro
apagaría el agua para siempre
si encendieras la sed que has ocultado tanto

Un trago ahora lento
deseado como la noche

El vino oscuro en este vaso de alabastro
sabe a palabras hondas a palabras hondas
rescatadas por una boqueada del viento caudaloso

No no me han escrito
ni Aída ni Roberto ni José —me dejan solo—
únicamente Radomiro me dice lo de siempre que bebe
que Juan Sebastián Bach sigue engordando
engordando como la dueña de una casa pública
de esas que apuñaladas mueren en la primera madrugada hostil

Te he insultado ya bastante —podrida sombra—
has aprendido lo de muchos años
sin hurgar los bolsillos de nadie

Tengo sueño ahora

¡Vete!

V

Herido gravemente de vida
corriendo a lo largo de los espejos
de los estertores de las cifras desnudas
vagando saludando a los abolidos profetas
—náufrago domesticado por la muchedumbre
mendigo de la claridad revolcada en la copa
viejo muchacho con todas las respuestas
amante a bocanadas secas desplegadas
bestia desierta como ceniza hueca
hijo de color curvo desprendido de la gula sobrante—
sigo adelante fijamente viéndome
sin parpadear desnudo a mi manera
ariscamente como una espina estéril vieja
comulgando bajo llave y pared
con todos los torpes albaceas de la lástima pura

(Y llegan las voces en dilatado torrente:
¡apóstata feliz
felicitable prófugo
besador taciturno
escuálido hijo
esposo fugaz
militante convicto
atónito vecino de todos
imbécil tierno
niño
niño idiota
ángel grotesco
confuso tembloroso!)

Pronto mi vaso negro mi fuego negro
que hace olvidar
mi negra venda que no se desgarra

Con estrellas sin estrellas
con lluvia sin lluvia
en su gran légamo solemne
se alza la flor del sueño

VI

En esta hora el odio es impalpable olvidado

Hundido mansamente salvo me siento —disgregué la saliva—
el aposento de la fatalidad apaciguada
espera en todas las esquinas
en todas las habitaciones llenas de ojos cuadrados
despóticos anidados en mi nuca

¿Qué hacer con esta cicatriz que se alza
de mi pecho aullando
como un vertiginoso éxodo de perdonados?

¿Es que tendré que huir al fin
por cualquier puerta inmóvil
desde cualquier torre inconclusa
hacia la primera música desenterrada que me dé su palabra?

Arrodilleme ayer y todos los cuchillos encallaron en mi espalda
callé toda la vida que viví
y me arrastraron sobre las filosas piedras estancadas
di la mano sonriendo para siempre

y hundiéronme en la única pira que permanece
Por eso me desvelo como las semillas
para decir que es amable
cierto
y bello
insondablemente bello
caer quedarse renacer en la noche
lavar las manos en la noche
metérsela bajo la piel jadeante
incendiarla negramente en el pecho
copular con ella como con un pantano dulce
beberla como un tatuaje para el corazón

México, 22 junio de 1961

Casida

Crujid de amor los dientes en el lecho
mortal su clima cálido la desnudez
como los territorios del rocío
crujid el corazón despedazándose
pésale como nunca la temporada seca
negada la humedad aun del humo
amanuenses del fuego se reparten
el fácil triunfo de la quemadura

Crujid crujid ni las señales
de los cuervos caídos son contrarias
todo anuncia la calma de esta boda
la ritual llamarada con su filo
asimismo mortal robado a las estrellas
a espaldas de la noche

Sigues desnuda y ya se fue tu esposo
con las uñas cansadas

Enséñame el suplicio de los hornos
bautícenme las brasas de tu lecho profundo
crujan los restos que me quedan
de verde música de aroma recaudado
donde se cruza el aire con la sed
la sed con las desbocaduras
de los lentos idiomas

Las cicatrices

(Variaciones sobre viejos temas)

I

Así fui llamado: el escrutador.

Porque en los salones amarillos del apresuramiento de las condesas (donde se fragua el amor de los cuerpos como curiosa batalla entre seres de mirada perdida, anegadas sus venas ocultas de deseo)

y en las grandes abadías, donde el decoro es un perro de piedra atado bajo la mesa de la gula (y hasta el cual no llega la luz de las velas viejísimas, solo usadas en ese día del año)

y en los burdeles fastuosos donde todo (hasta la historia que la trajo ahí) se solicita en idiomas débiles como tremedales y se disimulan con citas de hombre prudente los ángeles decantados de la cocaína

y en las tumultuarias Bodas de Canaán cotidianas, donde parecen congregarse todos los rientes que quedan en la tierra

y en el homenaje a la estirpe del traidor, bien provisto de todos los goces para la repartición y el soborno

detuve bruscamente el jolgorio con un puñetazo en la más débil de las mesas y pregunté: ¿por qué?

¿Por qué?

¿Cuál es la justificación de toda esta fantasmagoría asquerosa?

¿Dónde dejasteis abandonada la tristeza, la que sale por la piel para que el hombre siga limpio, merecedor del día siguiente (y de sus dones que ya lo esperaban desde que lo pusieron llorando en el mundo)?

¿Quiénes sois? ¿Quiénes sois?

¿Estáis seguros de que no basta aún de esas formas averiadas con que os sumergís en el concierto del prójimo?

Y por eso me dieron la espalda
y me llamaron: el escrutador,
el más apto para ser odiado.

(Lo peor solo tú lo sabes. Solo tú, adivinando mis lágrimas en la oscuridad. Fue cuando llegaron esos hombres pequeños, esos hombres pequeños con cara de perro felón y ofendido hasta el último colmillo de oro).

Como hube de andar en otros negocios que los de mi tiempo
como visité las alumbradas y prohibidas zonas de las preguntas
(postergadas para un día más fácil)
como fui fiel hasta contra mí mismo (oh pequeños suicidios
[resignados)
y fui leal no solo con aquellos a quienes me debía
sino hasta con la misma lealtad de reposadas alas
(el leal con la lealtad, oh no te turbes por adivinarme hasta ahora)
no bastó la persecución redondamente cruel del enemigo
sino que vino también a hostigarme

la cuchillada del apreciable vecino
la malanimosidad del amado pariente gris
la prudencia del amigo aceptando que me asesinasen cuanto antes.

(Este es mi gran poema de borracho caótico).

(¡No! —dicen lejos de mí— No es el borracho caótico, convencible de todo con un buen trago de algo fuerte. Bien disimula sus potencias oscuras. Bien trata de engañarnos, escurriendo el verdadero bulto de su alma. Pero aún tenemos ancha la pupila e izada la vigilancia ante las engañifas del predestinado habilidoso. El escrutador, el más apto para ser odiado, eso es. El que hurga con dedo sabio la verdadera profundidad de nuestra cierta derrota. ¡Oh acorralador abominable con sus palabras de luz que ninguno de nosotros quería!)

II

De niño ya me sabía mal el odio. Desde las jugueterías embriagadoras y olorosas a fruta eterna; desde el corro cantor que sacaba espuma fresca al corazón con su vaivén agitado; desde la alcoba de gordos muebles rosa; surgía mi extrañeza como una amapola de contaminación en pleno cielo ajeno. Es que no podía entender toda esa serie de desgarraduras. (Desde entonces fui ajeno a las grandes maquinaciones). Y me vi crecer en el pecho la zozobra.

¿Por qué pateaban a los pájaros arrobados en libar sol del aire?

¿Por qué exiliaban tumultuosamente a los niños de las praderas
[abiertas?

Por qué los hombres reñían entre sí con toscas dagas
pronunciando palabras quemantes como una genuflexión?

¿Por qué me quitaron mi caballo inmortal?

¿Por qué rugían hediondos junto a nuestros oídos
todo lo que nunca hubiéramos descubierto de la pecaminosidad
[de la carne?

¿Por qué aquellos que amábamos se volvieron resecos y ásperos
de obstinada hambre, de ferviente sed?

¿Por qué me prohibían entre carcajadas ser taciturno?

¿Por qué colgaron al pequeño perrillo azul?

¿Por qué dieron la espalda al vagabundo optimista y sabio?

¿Por qué horadaron las orejas del viejo y bello sastre
a quien alguien había dado el oro que le sobraba?

Y entonces yo solo atinaba a llorar, rodeado por un silencio capaz de todo. Hubo alguno que reparó en mis lágrimas y quiso saber maliciosamente por qué y cómo nacían. Cuando se lo dije todo sin guardar nada para mí, alejóse gritando y señalándome: «He aquí el que lloriquea porque no obtiene las respuestas. Vocación de escrutador, aptitud para ser odiado de seguro posee. ¡A mí, guardianes! ¡Contra estos ojos que alguien debe secar! ¡A mí, guardadores de la conformidad de todos!». Y es así como estoy corriendo desde entonces. Con la vertiginosidad de la desesperación a punto de capitular, pero aún poderosa.

III

Salud bisoño todavía infecundo
promesa desde las encrucijadas
para el amor ya sospechoso

He aquí una mano amiga una respuesta
en la cual guarecerse
una sombra en el quemante camino que recorres
(lastimosillo derrelicto en el amargo trance de crecer)
un mayorazgo
para tu jerarquía sin cabeza:
Dios.

Y entonces soñé con un pájaro grande como el mar que creaba su propia noche. Y soñé hombres de alabastro que vomitaban sobre las estrellas hasta hacerlas también sombras de la noche. Y soñé con un ser idéntico a mí que mostraba una lámpara y decía que había terminado la noche, y las noches sin caminos y sin respuestas. Y di entonces mi canto en júbilo por el descubrimiento. Con pedrerías de las que fui el primer asombrado, no lo olvido…

En la antología nada salvaje del incienso vamos
recomponiendo los días. Solos estamos
solos con Dios. En Dios estamos en Dios
en su gran cavidad valedera para el azoramiento de los astros
nuestro cuerpo es de pálidos colores humillados
no llega al barro pútrido porque sería pecado de orgullo la purificación
que tenga bellos pechos la nodriza
si es menester para seguir sirviéndolo lactarse
poblada el alma está y es tibio refugio
como el resto del mundo de su gran tempestad amorosa
se trata nada menos que de la alegría de nuestra juventud

el que no se desgasta con loas ni con hondas blasfemias
el que edificó hasta el corazón de los disidentes
el dueño de todos los sitios el único habitante

Digamos nuestro alborozo donde alcancemos a ser perseguidos por su
[mirada
nuestro amor será como un cabrito saltando bajo el súbito gotear de un
[panal
aunque nos encontremos prohibitivamente desnudos sobre alguien
aunque estemos en la hora del hurto o la maledicencia
aunque nos dispongamos a oficiar los rituales del crimen
aunque transpongamos en ese instante los umbrales de la traición y la
[falsedad

¡Oh es cómoda la moral del amor redentor! Todo queda en sus manos de tierna llama: la solución del peor horizonte o la perdonabilidad del que desea expiar su infamia más amada. Y a nosotros solo nos queda su dulce embriaguez como el clima del aire, que pasa entre las cañas y que trae sueños verdes poblados de hermosas bestias que soportan la ceniza. Sin embargo, ¿qué reproche podrá hacerse al ciego que cae entre las piedras y ni para maldecir su fortuita sangría tiene fuerzas? El ciego: sin querer he dicho esta palabra que es mi única excusa ante el remordimiento de haber sido simplemente un seguidor alejado de las prudentes inquisiciones. El ciego: válgame su condición en la hora del recuento.

Hasta que sobrevino lo que ya estaba previsto desde la primera lágrima: mi pregunta.

Pregunté a Dios por mis hermanos: y no sabía nada.

(Ahora estoy seguro de que fue Dios quien hizo famoso mi ya entonces firme pero secreto apellido de escrutador, de más apto para ser odiado; cuando lo dejé de mi adhesión perdido y solo,

corriendo, dando tumbos tras el llanto, que a través de la venda de mis ojos inútiles hacían llegar hasta mi claro corazón sediento los hermanos clamorosamente tocables).

IV

Compréndeme y convéncete, minúsculo:
colgué mi reputación de solidario
y solo vinieron los cuervos
(eso sí, muchos cuervos) a morderme
a prendérseme de la piel
amoratable a vuestra semejanza

Alcé mi fama de pan suficiente
en la mayor vastedad de vacío
y me consumieron íntegro
en la mesa de la concupiscencia
donde la migaja se aísla para la decapitación

Levanté mi voz como las trompetas de Jericó
terriblemente pura
y me la expropiaron los hábiles mercaderes
para fundar y anunciar
la dominación del ocio

Mostré mi crédito elemental
nacido cuando nada existía
cuando nada estaba incluido en mis planes
y lo agotaron los asaltantes cansinos
los rateros del City Bank lupridos de alma
su lengua mordida por los grillos

Doné mi corazón recién arrancado del pecho
solazándome en la espera del amor
y lo acuñaron como moneda
y lo hicieron rodar en las peores compraventas

¿Cómo no he de ignorar
por lo menos
a vuestros hermanos oh minúsculo
ahora tan solo edecán del reclamo
príncipe de la acusación?

V

Pregunté a Dios (esto es lo único, en verdad, valedero) por mis hermanos.

Y no sabía nada.

Aquellos hombres pequeños (amarillenta su sonrisa ostentosa como un escaparate de falsificaciones) sí lo sabían todo, absolutamente todo.

Adoradores de la pista imperdible, ubicaban de mis graves hermanos la latitud y el perfil, la prisa y la flaqueza.
Ellos me contestaron, una vez, por ejemplo:
«Aquí tenés a esta vieja crápula: la desnudamos y apagamos cigarrillos en sus pechos, le meamos la cara magra y le enrostramos la fealdad y la marchitez de su carne como único contén a algunas de nuestras decisiones. Así es digna de ti, buscador de lo hermoso en el pequeño cataclismo de la escoria».
«Aquí tenés a este perturbador ya dominado: inyectamos en sus venas sangre podrida, enlutamos sus huesos con una lluvia de garfios, hicimos que sobre la lodosidad de su celda un grupo de jadeantes se llevara su hombría. Aquí tenés sus uñas. Charlá, charlá con él. Ahora está a la altura de tus diálogos».

Y otra vez:
«Pero no es eso todo —¡ah, bien haría para ti que así lo fuese!—. No es eso todo. Ahora nos arrojaremos sobre tu propia piel aterrada. Diremos de ti cosas que harán pensar en la ridiculez de todo lo tuyo. Supondremos de ti lo peor. No os daremos el tormento edificante y hermoso (así considerado, al menos, desde la calle matutina o bajo la embriaguez del crepúsculo en una colina azotada por el viento).
Entiendes (muchachito, muchachito), entiendes eso al fin?
No hay lugar para ti. No hay lugar para ti en la magnificencia de nuestra crueldad, en los excesos encerrados, ocultos de nuestro odio.
Te quedas sin hermanos, afortunado, ya no preguntes más.
Pues si con ellos compartir el dolor iba a ser el mutuo lazo de sangre, ahora sobre ellos te elevas en el pedestal de la lástima, ¡oh intocado! Ve a pregonar tu suerte: nuestra bondad, en fin, para decir una palabra que al lado de nuestros viejos rostros pueda surgir el día en que nos pida cuentas el espejo».

…………………………………………………………………………..

Eso se llama intentarlo todo. Y eso me hace orgulloso ante mí. Porque después seguí viviendo. Porque después pude correr. Pude dejar crecer mi garra, preparar mi piedra. Pude dormir un poco, incluso. Ahogar las viejas heridas en un barro fresco, extraño, el primer barro que vi al despertar.

Creo que mis hermanos deberán amarme por sobre tanta cicatriz. Su amor me sea propicio. Su amor me salve siempre. Así sea, Así…

México, diciembre de 1961

El sueño temeroso

La danza de la mortaja burlesca te persigue, aptas las uñas
para gobernar la huida de tu sangre.

Tus pasos se hacen preguntas, otean los recuerdos ingrávidos
de ayer. Hierve tu pobre hueso, una pausa te pide,
una claudicación a él rendida
como un negro homenaje.

(El vaho de las cárceles donde los inocentes pudren sus pupilas,
las noticias alegres del otro lado del mar,
la noche hambrienta de las abandonadas,
la sencilla majestuosidad de las cosas,
la sumisión a la bondad que no se desgasta,
¿nada de eso es capaz de sustraerte
al sueño temeroso?

Sea todo porque tenemos fe en los días que vendrán,
en la segura muerte de la duda…)

Variaciones del paria

I

Amanece por el mundo
y en esa calle tan próxima
la del Apuñaleado.

¿Quién me dirá que tenga paz y mendrugos atentos?

Es como un mal sabor el día
como el siguiente golpe.

Y el hambre en su mejor edad sin aburrirse
es el único pájaro que me trae la ramita de olivo.

Me rasco el alma directamente en la camisa
me incorporo y no toso (menos mal)

¡Y venga el día!

Para seguir huyendo a los espejos.

II

Ahogándote
sobreviviendo suplicante
con manos lastimosas

con ojos de muerto olvidado
entre una masacre de esclavitud
soportando los hundimientos
los fogonazos de la ira
la orilla de la indiferencia vidriosa
de los extranjeros amados
clamando por ti mismo defendiéndote
con la mínima espina de la lágrima
caminas por la última calle
—pastor de lobos ciegos—
desgarrada la ropa que le quedaba al corazón
llena de mugre la camisa del alma.

Un acecho puntual como la muerte…

«Un acecho puntual como la muerte»
en aquel uniforme de la casa de Cristo.

¡Oh signo de beodez
en la confianza!

¡Oh gran escarnio
de los rostros severos!

(Pero ya nadie se arrepiente. Somos
la historia del primero
y del último hombres.
La piedad también sirve
para morir:
es el mejor símbolo de mi patria).

Y si no somos los desesperados
es por aquello de la imaginación,
¡pero qué sabios somos!

(Porque en este orden de ideas
el júbilo del ladrón proliferará.

Entonces le daremos con un cuchillo por la espalda).

Yo veo

Creo que nos han engañado suficientemente.

Ahora poseo la llave del jeroglífico
pues me la dio el dolor entre risas de ebrio
entre escupitajos de carcelero y miradas de perro
furioso sin piedad.

También sé lo siguiente: será difícil acostumbrar a los hombres
para esa desnudez en que recae quien posee la luz
será duro convencerlos de que toda risa hasta hoy fue en contra
 suya
que las manos tendidas hacia ellos tenían todas uñas crueles.

(Hace un poco de frío pero es mejor así
pues se apagaron las hogueras mortales
el rubor de la piel a pleno bacanal
el febril mito que hace nacer el vino avecindado en la sangre
las telarañas tenaces de la lengua).

Ahora mismo voy a quitar algunos de los últimos velos.

De las heridas
me haré cargo yo.

Triunfador solitario

Ah mi risa perdida entre las algas
ah mi primera lámpara vencida

Un ángel frío de sudor un ángel firmemente débil
golpeado en su volar por las paredes
ha llegado a mi frente

Nada tiembla

Tan solo a preguntar por mí se atreven
los más audaces hoy que la tarde ha sido derrotada

Los demás huyen lejos

Esperan los estímulos del sol para clavar mi nombre
invocando en su sed todas las jaulas

¿Por qué?
¿Por qué?

Sé que todo es inútil en mi contra

Los demás no lo saben y por ello
temen a las hormigas que dará mi cadáver

Si pudiera deciros cuánta gracia me causa todo esto
con sus sórdidos pétalos y su arrugada música
oficiantes por fe del naufragio

Es hora de dormir
en todas partes

Tardía hora de dormir

La ingratitud

La carne de mis monedas
fue sangre pura de mis huesos.

Con ella pude sobornar al saltimbanqui
para que no llorase más,
al gitano para que diera la libertad a su pequeño caballo rojo,
a la niña de las flores
para que abandonara su vientre a las mariposas.

Pero el día llegó en que no pude dar otro paso.

Secos mis labios, áridas las manos
como la mordedura de la cal;
ardiente el ojo, a llamarada limpia,
ríspida el alma de la piel,
evaporado el apellido, la sandalia última
y la flor…

Y ahora venís a acusarme.

No importa, no, por más que duela
un poco.

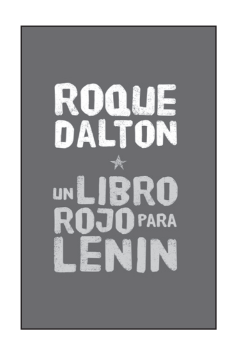
No importa. Hay otros
como yo.

Como yo, sectarios de la ternura.

¡Qué más da!

Qué más da, si yo quemé mis naves
desde antes de nacer.

¡Desde mucho antes de nacer!



UN LIBRO ROJO PARA LENIN

Roque Dalton

Con este poema-*collage*, según la propia definición autoral, el lenguaje poético sacude la testa del discurso político, y configura una pieza de madurez que ofrece una lectura del leninismo a partir de los reclamos de América Latina. En sus páginas, Roque emprende una experimentación formal tan dinámica y revolucionaria como el mensaje que aborda, sin abandonar su persistente sentido del humor. *Un libro rojo para Lenin* viene a ser, pues, un testamento literario engendrado en un momento creador.

272 páginas, ISBN 978-1-921235-78-8



HISTORIAS Y POEMAS DE UNA LUCHA DE CLASES

Roque Dalton

Cinco poetas, cada uno con su retórica personal, se dan cita en este cuaderno para redimir a la poesía como forma de lucha, como acción revolucionaria y no como mero ejercicio de distanciamiento burgués. Todos los «autores» tienen algo en común: son seudónimos de Roque Dalton. Publicado en varias ocasiones como *Poemas clandestinos*, este libro llega hoy a los lectores con su título original, inseparable del compromiso político del gran poeta salvadoreño, sin dudas una de las voces eternamente jóvenes de América Latina.

112 páginas, ISBN 978-1-921235-69-6

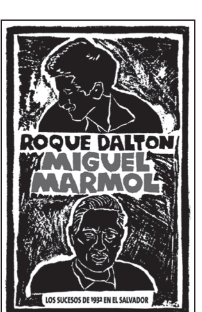


EL SALVADOR. MONOGRAFÍA

Roque Dalton

El Salvador ha vivido una de las historias más estremecedoras de Latinoamérica. Las presentes páginas fueron escritas por Roque Dalton para dar a conocer la fisonomía geográfica, social y cultural, los héroes populares, el enfrentamiento de clases, la represión política y la injerencia imperialista que la educación «oficial» había acallado. El éxito editorial de esta obra, ajena a la historiografía burguesa y antinacional, ha conquistado la atención de todos los pueblos que advierten en El Salvador un referente de lucha por la liberación nacional.

200 páginas, ISBN 978-1-921438-82-0



MIGUEL MÁRMOL

Los sucesos de 1932 en El Salvador

Roque Dalton

Texto clásico de la historia contemporánea de El Salvador, *Miguel Mármol* es el resultado de varias entrevistas realizadas por Roque Dalton en Praga, entre mayo y junio de 1966. El militante salvadoreño Miguel Mármol, sobreviviente de la masacre de 1932, narra la heroica insurrección dirigida por el Partido Comunista en esa nación centroamericana, y la brutal represión del Gobierno.

401 páginas, ISBN 978-1-921235-57-3

II
Clima natal

Trópico

El mediodía suena
como la segadora explosión de los platillos
en el pecho de las blancas palomas que descienden.

Es que aquí todo quema:
la hierba en el filo de los pies,
las hojas en el rostro, en las manos,
el agua en ese pozo que quería ser ciego.

¿Cómo soportar en este fuego, el amor?

Y sin embargo amamos hasta la sed.

(Denme las manos y la sombra,
pero una sombra mansa y gélida,
una sombra total
donde hasta las luciérnagas hayan sido expulsadas).

Resuella,
cae hundiendo la cara sobre el musgo,
mi corazón.

Aléjame tu costado de brasas, oh desnuda…

Pesadilla

Es la hora de la cólera sin tridentes
en el soleado país de los volcanes desertores

¿Qué aves de una zona demencial
son esas negras
con la sed de carroña haciendo más elástico su vuelo?
Ese niño desnudo
el del cuchillo
¿por qué llora y no sangra
como todos los otros desangrados?
¿De quién es ese vaso roto?
Esas bellas banderas
rotas
¿de quién son?

(Aquí enmudecieron las semillas
y tiene el manantial olor a pólvora)

¿Esto es —pregunto a todos—
el miedo?

Los furiosos azufres de la tierra
nos sean
leves.

La huida

A Lorena

Todo lleno de luna el sahumerio
como la gran semilla volátil para el sueño sin cuervos
las hojas planas fieles del corazón de león
el rincón aromado en que te quedas callada
el perfil de los muertos a flor de espina y tierra
en el cementerio vecino de Santa Cruz
el ladrido de la urraca como cobrando la renta
en medio del sopor amoroso
el bus terroso de la madrugada
los gruñidos de los guardias que nos buscan furiosos
el ruido de niño hábil del arroyo
la cara de la rosa silvestre
el viento dulce entre la humedad del rocío
todo lleno de luna todo lleno de luna el corazón
la piel cansada de la fuga
el odio los recuerdos
y el gusanillo sediento
firme en las vísceras más hondas
de la esperanza

María Tecún

Los días de leyenda en que me amabas sin hacer preguntas
hicieron que la ciudad tomara la cara de un juguete
como en los nacimientos al dejarte en las noches
iba a mi casa alegre por calles de aserrín.

En el espejo tembloroso y tristón de los charcos
me miraba la cara al lado de la luna
me buscaba tus besos para que no alumbrasen
los sueños de los pájaros perdidos en mi almohada.

Policías de barro y gallos de hojalata en silencio
se burlaban de mí guiñándose a saber cómo los inmóviles ojos
y es que a mi paso hasta los dormidos chismeaban con envidia en
[sus habitaciones
y decían que tú eras la novia del niño Dios.

Con musgo arrancado de donde nacen los Chorros de Colón
me esperaban los jardines del sueño con su frescura verde
pero el calor de la punta de tus dedos había sido una puñalada
[tan honda
que al amanecer el nixtamalero lavaba en mis pupilas
como en dos guacalitos de sangre su gran ojo desnudo.

Entre árboles de papel de china vestidos desde el corazón del añil
pasaba el nuevo día escuchando una orquesta de arcángeles
[ancianos
que con su cabello de algodón formaban nuevos ríos en la brisa.

Después yo te encontraba a la par del crepúsculo
—con su alto árbol de fuego incendiado de veras—
y lamía en tus manos la piel del mazapán.

En los alrededores los muñecos con mejillas de flor
bebían sus cervezas de polen y de humo.

Ay pero a los pocos meses se te ocurrió crecer y te me fuiste lejos
con un horrible gesto de persona mayor:
desde entonces la ciudad recobró su tamaño de siempre
y en sus negras calles de asfalto los ciudadanos pegan con las
[manos
a mi alma de muchachito triste que todavía necesita jugar.

María Quezalapa

(Variaciones)

I

Tlaloc en vez de las semillas de su frente
mieles echó en la copa velluda de tu madre
miel de caimito por los dulces talapos desflorado
miel de la flor de infundia que te destinó desde entonces a mi
[sueño.

Entre el bejuco muriéndose en el suelo podrido de la selva
entre la raíz arterial del bálsamo que desgarraba la piel de las
[culebras
entre las hojas naufragadas desde el aire caliente
a la altura del jugo más alto de la tierra
ella se echó a dormir llevándote como otro corazón.

Pero nueve meses después recién parida
te sumergieron en la poza bruja
para que abrieras los ojos bajo el agua.

Por eso tu mirada es honda cuando lloras
por eso se te ama mejor bajo la lluvia
por eso tu saliva parece que se bebe entre la arena.

II

Tu color
de cacao suavizado en la leche de una cabra salvaje.
Tu color
de mariposa oscura amasada con flores de jazmín.
Tu color
de venada intocable mojada por la hierba.
Tu color
de huracán en verano levantando las raíces del cobre.
Tu color en el río
hace amar a los peces la frente de la tierra.
Tu color en la tierra
asombra a las raíces que te ven caminando.
Tu color en los árboles
es una clara noche regando sus perfumes.
Tu color en el aire
es de un nuevo arcoíris que sale del maíz.

Desnuda

Amo tu desnudez
porque desnuda me bebes con los poros,
como hace el agua cuando entre sus paredes me sumerjo.

Tu desnudez derriba con su calor los límites,
me abre todas las puertas para que te adivine,
me toma de la mano como un niño perdido
que en ti dejara quietas su edad y sus preguntas.

Tu piel dulce y salobre que respiro y que sorbo
pasa a ser mi universo, el credo que me nutre;
la aromática lámpara que alzo estando ciego
cuando junto a las sombras los deseos me ladran.

Cuando te me desnudas con los ojos cerrados
cabes en una copa vecina de mi lengua,
cabes entre mis manos como el pan necesario,
cabes bajo mi cuerpo más cabal que su sombra.

El día en que te mueras te enterraré desnuda
para que limpio sea tu reparto en la tierra,
para poder besarte la piel en los caminos,
trenzarte en cada río los cabellos dispersos.

El día en que te mueras te enterraré desnuda,
como cuando naciste de nuevo entre mis piernas.

Pequeña oda para retenerte

Tersa estructura de la piel del mango
que tu vuelo detiene,
savia roja
donde rechaza el sol a los venenos
de tu belleza helada y cegadora,
restos de la tormenta matutina
en que cantan los peces de tu fuga:
oh filtros moribundos, oh cadenas
del amor a la piel,
tactos de ungüentos mágicos, oh jugos
de hondos abismos desterrados:
no os resistáis,
sed los peldaños finos
del retorno, las señales
que al olvido extravíen y abandonen:
pájaros de fragante ocultación,
pétalos de luto celeste,
niñez de aguas contrarias
en el alma del cántaro sumisas:
solo y lejano el resplandor,
los temblores del mes de la paloma,
la quemante mortaja de los días
amenazados por las máscaras de oro.

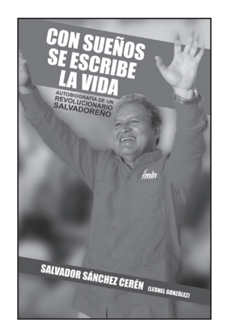


UNA GUERRA PARA CONSTRUIR LA PAZ

Schafik Hándal

Breve reseña del proceso revolucionario que estremeció El Salvador. Incluye un ensayo histórico elaborado por Schafik Hándal sobre las causas, el desarrollo y el desenlace de la guerra revolucionaria. Contiene documentos que denuncian los incumplimientos de los Acuerdos de Paz por parte del Gobierno y reflexiona sobre la estrategia y táctica de la izquierda salvadoreña en la etapa de lucha político-electoral abierta en 1992.

151 páginas, ISBN 978-1-921235-13-6



CON SUEÑOS SE ESCRIBE LA VIDA

Autobiografía de un revolucionario salvadoreño

Salvador Sánchez Cerén (Leonel González)

Recoge la ejemplar trayectoria de Salvador Sánchez Cerén, «Comandante Leonel González», quien, a través de la memoria, describe sus pasos por las luchas sociales y la guerrilla salvadoreña, guiado por ideales revolucionarios. Su vida es una gran fotografía llena de detalles que muestra a lectoras y lectores cómo la razón y la pasión, cuando caminan unidas, pueden hacer de las personas conductoras de pueblos, líderes para una mejor humanidad.

346 páginas, ISBN 978-1-921438-16-5



RETAZOS DE MI VIDA

Testimonio de una revolucionaria salvadoreña

Lorena Peña

Un conmovedor testimonio de la vida de una guerrillera y revolucionaria salvadoreña. Este libro no solo describe la vida de Lorena; también sintetiza el testimonio de las mujeres revolucionarias centroamericanas: su heroísmo, su valentía, su entrega, su disposición al sacrificio y su indignación ante cualquier manifestación de injusticia.

258 páginas, ISBN 978-1-921438-42-4



EL SALVADOR

Su historia y sus luchas (1932-1985)

Amílcar Figueroa Salazar

La elección del primer Gobierno de izquierda en la historia de El Salvador, el 15 de marzo de 2009, vuelve a colocar al país más pequeño de América Central en el foco de la atención mundial. Este triunfo es el resultado de la larga trayectoria combativa del pueblo salvadoreño, a la cual se deben los espacios políticos legales arrancados a la oligarquía.

136 páginas, ISBN 978-1-921438-64-6

III
Por el ojo de la llave

Arte poética

A Raúl Castellanos

La angustia existe.

El hombre usa sus antiguos desastres como un espejo.

Una hora apenas después del crepúsculo
ese hombre recoge los hirientes residuos de su día
acongojadamente los pone cerca del corazón
y se hunde con un sudor de tísico aún no resignado
en sus profundas habitaciones solitarias.

Ahí tal hombre fuma gravemente
inventaría las desastrosas telarañas del techo
abomina de la frescura de la flor
se exilia de su misma piel asfixiante
mira sus torvos pies
cree que la cama es un sepulcro diario
no tiene un cobre en el bolsillo
tiene hambre
solloza.

Pero los hombres los demás hombres
abren su pecho alegremente al sol
o a los asesinatos callejeros
elevan el rostro del pan desde los hornos

como una generosa bandera contra el hambre
se ríen hasta que duele el aire con los niños
llenan de pasos mínimos el vientre de las bienaventuradas
parten las piedras como frutas obstinadas en su solemnidad
cantan desnudos en el cordial vaso del agua
bromean con el mar lo toman jovialmente de los cuernos
construyen en los páramos melodiosos hogares de la luz
se embriagan como Dios anchamente
establecen sus puños contra la desesperanza
sus ruegos vengadores contra el crimen
su amor de interminables raíces
contra la atroz guadaña del odio.

La angustia existe sí.

Como la desesperanza
el crimen o el odio.

¿Para quién deberá ser la voz del poeta?

Vieja con niño

Con miedo y encorvada
buscando los últimos secretos de la vida
al nivel de los pasos
con el infinito cansancio de no poder intentar
ni el esfuerzo
toda apagada por las burlas de la luz
sin nada que olvidar todo presente
pesando cada día más usando
el argumento del temblor

y él con su vestido marinero todavía impecable
soberanamente preocupado por todos los pájaros que pasan

Cadáver

Impresionaba en él su lento estar.

Todo había acabado.

Entre sus manos ya nunca más sufrirían las flores
recién cortadas el tormento de la fiebre del hombre.

Sus hijos
habían perdido con él un orgullo puro
del que hacer gala en la tertulia de la cervecería.
Su joven mujer las noches dignas de ser juzgadas.
Su amigo el camarada de agotar los naipes
y charlar contra toda esa gente ciega y profesional.

Impresionaba, digo, impresionaba,
sin jactancia en su muerte como todas,
sin querer decir nada desde su orden implacable,
desde su arrolladora tranquilidad,
su quietud ya reclamada por la tierra.

Lo que me dijo un loco

Me contaste que tu padre era un pequeño mar.

Que los ángeles son unos estupidillos
pero por las noches hacen mucho daño con sus uñas de cola de
[cometa.

Me contaste que en tu casa la lluvia naufraga
y tus hermanas castran furiosas los almendros.

Me contaste que los sedientos son la gran esperanza.

Que silbar en los parques es confesarse impotente
de recuperar el vino de las palabras que uno dice de niño.

Me contaste que la mujer gorda te era desconocida
y que por eso odiabas los gestos de su espalda.

Me contaste que era mejor no salir a la calle
porque a cierta edad es obtuso hacer víctimas.

Me contaste que hay algo que se llama luz
imposible de explicar con las manos.

Me contaste que los árboles no son los principales enemigos
y que no debía creer nada de lo que hablan desde el otro lado de
[las rejas.

María

Se llamaba María y era amiga de Dios.

Sin embargo recuérdola mejor por sus pechos
hiriendo mi mejilla en los amaneceres
tibios
de los domingos.

Las feas palabras

En la garganta de un beodo muerto
se quedan las palabras que despreció la poesía.

Yo las rescato con manos de fantasma
con manos piadosas es decir
ya que todo lo muerto tiene la licuada piedad
de su propia experiencia.

Furtivamente os las abandono:
feas las caras sucias bajo el esplendor de las lámparas
babeantes sobre su desnudez deforme
los dientes y los párpados apretados
esperando el bofetón.

Amadlas también os digo. Reñid a la poesía
la limpidez de su regazo.
Dotadlas de biografía ilustre.
Limpiadles la fiebre de la frente
y rodeadlas de serenas frescuras
para que participen también de nuestra fiesta.

Sobre las campanas

Las campanas son los gritos jorobados del aire.

Los gritos jorobados, sí,
que se quedaron aprisionados en la altura
sujetos a la euforia gris o llameante de los anunciadores de Dios.

Hay campanas de escuela, claro está,
pero esto es cosa de ángeles vivaces
y no tienen que ver los vecinos del odio.

Poema de las seis de la tarde

Sobre la humedad de tu voz, sobre tal rocío de humo suave,
no encuentro aún —frío de mí— mi nombre consumiéndose.

Y yo no puedo decir otra palabra que tu nombre,
otra sílaba que no sea para pronunciarte.

Ah, silencio de ti,
mudez de ti en el día que me pesa
y cuya última puerta podría cerrar a pesar de todo
si obedeciera las señales de mi fiel cobardía.

El órgano de San José

A Luis Domínguez P.

Vaso de la solemne tempestad,
de las arquitecturas de la burbuja invadida
por las corolas de los astros,
del gran pilar repentino de las catedrales
nunca advertido por el ojo o la luz.

Acantilado de las agujas del gemido:
cambias en vino el huracán,
en gótica techumbre el espacio
donde nadan como niños los pájaros,
en agitado temblor del corazón
el clima de la música.

Hermano de un dios bronco y anatema:
cuando callas dejas el suelo de la iglesia
lleno de negros cadáveres de rosas.

César Vallejo

Este cadáver que comienza a florecer
—la buena educación alza su filo—
este cadáver que no me ha sido presentado
mejor que vivo a pura muerte cede
a las semillas del amor: ondea pétalos.

Este cadáver quién lo pensaría
defendiendo su copa de tormentas
visitado por ciegas mariposas de circo
muertos sus poros desmedidos
muertos sus viejos humos de sentarse
vivas tan solo sus raíces fúnebres
puntual en la palabra que calla
la eterna mano lúbrica que le queda temblando.

Este cadáver que me contradice
creciendo hombre con hombro en el idioma
de una plaga debida y crepitante.

Este cadáver de agua seca este gravísimo
cadáver de los huesos huéspedes
pasa adelante palpa sus banderas
interroga a los interrogadores

da lo único que tiene de todo corazón este cadáver
ha llorado y regresa y va llorando:

en un lugar del mundo su lápida respira
bajo el severo peso de su nombre vivido
un día dijo cosas para siempre
desde su muerte el mundo pesa más.

Soldado desconocido

Quieren decir que la guerra es una gran malhumorada abstracta
con tus muñones de fuego fatuo y adivinación.

Pero mientras te regodeas bajo la bella montaña de piedra
bajo la nube de flores rígidas del homenaje
bajo el golpeteo lluvioso de los discursos
miles de soldados conocidos pasan cerca de ti cargando sus
[heridas
y dignamente te escupen.

Dos guerrilleros griegos: un viejo y un traidor

(A la memoria de Nikos Kasantzakis)

Panayotaros nunca le puso rosas al fusil.

A sus primeras víctimas en las emboscadas
se negó a enterrar como era la costumbre:
las dejó para siempre huérfanas de la cruz
mientras el duro sol reía afilando sus garras.

Entonces había harto vino ácido y queso sustancial
y por las noches Demetrio el panadero
tocaba para bailes grotescos
su pequeña guitarra.

Panayotaros se fue cuando nos vino el hambre
y hasta las culebras llegaban a morir cerca de nuestros pies.

Ahora será ministro o algo así
a juzgar por el respeto con que pronuncian su nombre
todos los médicos en este hospital horrible de olvidados…

Denuncia

Desnudo el miserable
nuda su alma
verde como pizarra virgen
destinada a la sima del polvo

Desnudo el miserable
de sus guantes perdido
del remilgo
postrero abandonado

Desnudo el miserable
morirse velozmente
anhela
crispa su gordo dedo financiero

Desnudo el miserable
suda su alma

Desnudo el miserable
se niega a ver las lámparas
de su juicio final

Los sabios

(Sobre un grabado de J. Clemente Orozco)

Los sabios dicen «ah» y levantan el dedo,
mientras el hombre roto se desangra.

Ya el alma les echó barriga
y por ello pontifican sobre la tranquilidad,
mientras el hombre roto se desangra.

«¡Quién lo iba a pensar, él que nació tan débil,
tan ojiazul, inmerso en un temblor
de flor cortada fuera del verano!»
—dicen los sabios, mientras el hombre roto se desangra.

«¡Haber adivinado entonces su tormenta!
¡Haber cortado el tierno paso, detenido entonces
su engañadora debilidad en crecimiento!».

El hombre roto se desangra. «Una vez más
todo ha vuelto al orden,
al regazo erizado
del orden»
—dicen los sabios, mientras el hombre roto se desangra…

Los derechos humanos

(Recogido textualmente de una conferencia)

—¿Hay negros en este cementerio?
—Enterrados no. Pero sí hay negros.
Los dos sepultureros son negros.

El sexto mandamiento

A Pablo Armando Fernández

Los teólogos desnudos han bajado a la playa
y ha surgido el disperso terror de los cangrejos.

(El mar es una vieja madre dormida
que no quiere saber nada de los juegos omnívoros
de la juventud. Sigue dormida).

Los teólogos desnudos juegan con una gran pelota blanca
que al rebotar parece un muerto gordo
escapado de las garras del águila.

Las florecillas de la arena crujen
los teólogos pisan igual que los sargentos
pero al salir el sol
rojísimo y helado de la bolsa marina
los teólogos comulgarán
cada cual con sus ojos en un pozo de niebla
de aromática niebla
visitada tan solo por las aves azules
de la paz.

Job

(Sobre un cuadro de Arnold Belkin)

I

Árido por el hambre abatido por el paso del desprecio
desde entonces ya no tiemblas.

El increíble Hacedor te traicionó a pedradas
usó sus hados como piedras sus mentados destinos
apostó con tu duda
a toda costa ocultada con vergüenza.

Malaya de tu fe en los inhóspitos designios de la crueldad
[todopoderosa
¡ah crispado de ti para parecer natural en la vecindad del aullido!

II

Escucha
ve
a Izalco la raíz de mi patria
a Juayúa roída por la niebla en los amaneceres del verano
llénate allí los ojos de ceniza
escupe tu arrepentimiento sin causa
e invita al amor de Dios entre los amenazados.

Alguno te hablará de niños muertos
de mariposas muertas en la caída de los derribados por sorpresa.

Oh remoto abuelo estafado:
¡qué lejos de nuestra hermosa violencia calienta para ti el sol!

Asesinado en la calle

Desde tu corazón allanado por el plomo
¿no me darás la mano?

Desde tus ojos sordos donde ya no cabe la luna
¿no me darás la mano?

Desde tu derrumbada piel
¿no me darás la mano?

Desde tus venas asombradas por desembocar en el aire
¿no me darás la mano?

Desde la última palabra que pronunciaste —Carmen!—
¿no me darás la mano?

En la horrísona calle amotinada
tu inmóvil muerte es la estatua de nuestra furia…

Cristo

Crucificadle crucificadle
crucificadle
porque a su tiempo más debido
no ahorcó a los señores del hartazgo
porque no dio cuchillos al genuflexo apóstol
porque repartió el agua de la humildad y el amor
en vez del ácido final
de la sedición

Karl Marx

Desde los ojos nobles de león brillando al fondo de tus barbas
desde la humedad polvorienta en las bibliotecas mal alumbradas
desde los lácteos brazos de Jenny de Westfalia
desde los remolinos de la miseria en los exilios lentos y fríos
desde las cóleras en aquellas redacciones renanas llenas de humo
desde la fiebre como un pequeño mundo de luz en las noches sin fin
le corregiste la renca labor a Dios
tú oh gran culpable de la esperanza
oh responsable entre los responsables
de la felicidad que sigue caminando

Pobre verdugo

Guarda el puñal. No, no lo tires.
Consérvalo que hay otros que no charlan
como yo.

Yo soy —hay que decirlo así—, soy lo de menos.
El que con lo sobrante se verá satisfecho.

¿No ves desde bajo tus párpados duramente apretados
mis dos ojos abiertos?

Entonces, en lo dicho. Yo no importo. Yo veo.

El problema eres tú.

Con tu tiniebla,
con tu odio gordo por la luz,
con los ojos guardados entre sus propias fauces.

¿Qué hemos de hacer contigo,
que un día fuiste —yo lo sé— hasta niño?

Charla

¿Darías sin pelear tu cruz de palo
buen ladrón que amaneces junto al polvo?
¿Dejarías tu hueso a las hormigas
sedientas, sin pedir la llamarada?

No dudo de tu cólera silente
ante el esguince de la podredumbre,
deja pues a mi grito alzar la espada
desnuda ante los ojos del tropel.

También se vive de matar, lo sabes,
hoy que anda por las nubes hasta el hambre.

Deja que viva en paz mi bello crimen
rescata tu cadena y vete al pozo.

Contra la muerte

No.

Yo no he separado mi sarcófago.

Ya habrá para eso tiempo
que por ahora basta con ahogar esa risa.

Esa
la del borracho que patea la más pequeña de las lilas
la del general que no oyó hablar jamás del colibrí
la del forzudo que escupe las llagas de la loca.

Tenemos antes en verdad muchas muertes
más importantes que la nuestra.

Ya hablaremos de ella
uno cualquiera de estos años rotos.

El papa

Abuelo con mejillas de nube satisfecha
las luciérnagas te guarden de la desnudez y su cáscara pública.

¿Sabes que por los bares se anhela oírte blasfemar
verte pelear por una mujer con cuchillería experta e implacable?

No. No lo sabes. Todo lo humano te es ajeno
salvo la suntuosa capacidad de desprecio.

Ven
ven a navegar con nosotros en los autobuses agobiados de polvo
camina por los barrios desahuciados
asiste a las casas de empeño tembloroso de cárcel y de hambre
da fuego al cigarrillo del friolento
sonríe en los hospitales de la pústula
abraza gravemente a las viudas
recién mojadas de recuerdo en las morgues
conmuévete una vez abuelo de bisutería
sin que se enteren las gerencias periodísticas
conmuévete junto a la soledad de la multitud
conmuévete antes de morir e ir al cielo
a ese lugar de vidrio y algodón fundado por pescadores [descalzos
por locos por iracundos carpinteros
por rústicos encallecidos de las manos con ropones hediondos a [sudor.

Tenemos la onda pena…

Sedosa geografía de aquel muerto
nadando en oro se murió señales
hízole al barco de los lirios
pero se le interpuso el humo de la desesperación.

Entierro de almirantes
condecorados en las nalgas a pausas
que sentencian: La muerte
no es cosa de muchachos no se puede dejar
en manos de cualquiera.

Patatín patatán en grado de gran cruz
bla bla bla blá la patria una gran pérdida
áureo glu-glú amado en el vecino.

En el buffet la viuda entre crespones
nadando viento en popa hace su lucha.

¡La pobre! y el crepúsculo
tosiendo en los monóculos…



MUJERES EN REVOLUCIÓN
Coordenadas para un feminismo cubano socialista
Karima Oliva Bello

En este libro se unen las voces de mujeres muy fuertes; solo algunas, porque felizmente hoy son muchas las que trabajan para forjar la igualdad; con la intención de entretejer miradas diferentes, desde lugares y experiencias de lucha diversas en América Latina, para una aproximación compleja a la cuestión feminista.

240 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-58-5

Un geógrafo

La historia es un pozo
poblado por tipos pálidos
que se manejaron como terremotos.

De orangutanes con entorchados
que se hicieron retratar junto a los grandes lagos azules.

De enfermos del vientre
que opacaron la formación de los estuarios
y las montañas residuales.

De putitas sabias e intrigantes
que hacen olvidar las desgarraduras de las mesetas
la muerte de los bosques solemnes.

De pueblos polvorientos y hoscos
que sepultan en su fragor
la presencia del mar.

El dulce hogar

(*Sobre el filme de Truffaut* Los 400 golpes)

Los niños desesperados
vagan por las calles suplicando ternura a los gatos.

Rodeados de imbéciles desconocidos
no hallan otro camino que el de sacarle la lengua a la historia.
Mientras tanto los padres hablan de no poder pagar el gas
fornican con los ojos en blanco sobre las alfombras
se compran trajes y chillan contra esta época de perdición
esperando tan solo que el crío vuelva a casa
para caer sobre los hombros de su corazón como fieras
[domésticas.

Los burócratas

Los burócratas nadan en un mar de aburrimiento tempestuoso.

Desde el horror de sus bostezos son los primeros asesinos de la
[ternura
terminan por enfermarse del hígado y mueren aferrados a los
[teléfonos
con los ojos amarillos fijos en el reloj.

Los burócratas tienen linda letra y se compran corbatas
sufren síncopes al comprobar que sus hijas se masturban
deben al sastre acaparan los bares
leen el *Reader Digest* y los poemas de amor de Neruda
asisten a la ópera italiana se persignan
firman los pliegos nítidos del anticomunismo
los hunde el adulterio se suicidan sin arrogancia
tienen fe en el deporte se avergüenzan
se avergüenzan a mares
de que su padre sea un carpintero.

Obrero entrando a su cuarto

Carbonizada la saliva tenue,
derramándose sobre su terror,
unos minutos antes en el sol de la calle, desconocido.

¡Oh, qué absurda es toda esta destrucción!

Día a día.

La telaraña es un puñal de polvoriento filo:
él comienza a toser
su sueño lleno de golpes.

Túnel truncado,
tumba de horrible chatura,
abismo tosco y breve.

Y lo peor es que la risa no rompa nada.

Las cosas no saben ni palabra del sudor,
del capataz,
de la humazón del horno que se pega a la piel…

Por el ojo de la llave

Los mercados como un revuelto mar de grillos enemigos
las manos de la desnuda estrujando la arena sin preguntar quién
[la cabalga
el pequeño coro de viejos fumando silenciosos ante el volcán
[dormido
los ojos de los lagos sirviendo como casas a la luz
los cementerios desperezándose al sol como gordos lagartos
los niños panzudos en los barrios del lodo
apedreando barquitos de papel y pájaros desde detrás de sus
[mocos
los desocupados extendiendo la playa de piojos que tienen por
[camisa
los homosexuales hurgando entre las piernas de los jóvenes
en los cines con olor a iglesia orinada
los borrachos militantes de la desesperación
lanzando el grito hediondo de hueca furia en medio de la noche
los jirones del hambre que dejan los robafrutas
en las tierras que guardan la tierra prisionera y la arboleda y el
[aire.

Hijo de puta

Mi madre fue la María Pintura.

Solo yo supe que se llamaba Isabel
y que le gustaba que le dijeran mamá Chabelita
y que lloraba por gusto al ver salir el sol
y que le gustaban unos caramelos en forma de pescaditos
porque decía que se parecían a mí.

El vecino

Tiene una esposa, más bien,
fea.

Tiene dos hijos que sacaron sus ojos
y que por estos días persiguen a los gatos en el barrio.

Trabaja, lee mucho, canta por las mañanas;
pregunta por la salud de las señoras;
es amigo del pan, del panadero;
suele beber
cerveza al mediodía;
conoce bien el fútbol, ama el mar,
desearía tener un automóvil,
asiste a los conciertos, tiene un perro pequeño,
ha vivido en París, escribió un libro —creo yo
que eran versos—,
se siente satisfecho al ver los pájaros,
paga sus cuentas al final del mes,
ayudó a reparar el campanario…

Ahora está en la cárcel prisionero:
también es comunista, como dicen…

Postal a Luis Martínez-Urquía

¿Por qué no me dijiste adiós, Luis Martínez?

¿No me quisiste dar algo de tu muerte
que tuvo tanto de poesía,
oh tú, el atravesado por el agua?

Te acuerdas cuando hablábamos de las estatuas de Bruselas,
de los reyes ingleses tan frágiles en nuestro mundo
como tazas de té,
de la revolución, que tú creías
como un gracioso ramalazo,
como un alud de viento que dejaría sin embargo volátiles
y vivos para siempre
los globos rojos de los niños?

Compartimos un libro de Jack London,
la admiración por Lenin, una ciudad ajena
crucificada en el polvo marrón de los cerros,
una novia de grandes ojos tristes, como viejas monedas.

Por todo ello debiste despedirte, Luis Martínez,
porque ahora no podría cruzar tu Santa Tecla natal
sin volver la cabeza en cada trecho,
sin presentir que vienes caminando a mi espalda.

He cambiado de casa.

Si me buscas un día
que sea entre tu misma bruma, con ángeles de Europa.

Murió Mariano el músico…

Donde esperaba el piano ya no hay pájaros
solo vagos recuerdos de un temblor innombrable.

El polvo cae ahora totalmente
sin hallar a su paso la estatura del ébano.

La puerta del jardín no se abre más.

A veces pienso si no sufren tanto
como las viudas
las habitaciones que dejamos al morir.

Al menos cuando uno ha cantado
o hecho música dulce,
como Mariano, en ellas…

El vanidoso

Yo sería un gran muerto.

Mis vicios entonces lucirían como joyas antiguas
con esos deliciosos colores del veneno.

Habría flores de todos los aromas en mi tumba
e imitarían los adolescentes mis gestos de júbilo,
mis ocultas palabras de congoja.

Tal vez alguien diría que fui leal y fui bueno.
Pero solamente tú recordarías
mi manera de mirar a los ojos.

Epitafio

Apareció un día de tantos
se supone

Al principio solía beber vino a tragos lentos
en el último bar de aquella playa oscura
pronunciando los nombres de los mariscos
de una manera que llamaba a risa
y cantando confusas baladas que ninguno de los pobres
[borrachos
entendía

Después se fue quedando aquí simplemente
sudoroso y rojísimo bajo el sol obstinado
casó con una puta oscura —santa mujer de lástima—
inaugurando una larga vecindad de silencio

Phillips O'Mannion los ojos y el recuerdo llenos de su Irlanda
[natal
murió ayer en la calle las manos crispadas junto al pecho
sin pronunciar una palabra
sin alarmar a nadie
como quien paga por la vida poco precio

Al estarle enterrando se rompieron las cuerdas
y el féretro cayó de golpe saltándose la tosca tapa de pino

Su compañera —los labios despintados—
le echó el primer puñado de tierra directamente en el rostro

Marlene

Bajo el esqueleto helado de la madrugada
perecido ya hasta mañana el último destello de neón
te cuelgas aún de una mínima esperanza de tibieza.

Ya no te buscan los colegiales olorosos a limpio
los jóvenes gloriosos levemente borrachos
los que susurran nombres al hacer el amor.

Ahora solo el frío te circunda y la soledad de la calle.
Ahora comienzas a pensar si mejor no sería…

Pero por el momento bastará con fumar.

Para secar tus lágrimas

Como el duro asesino vuelve al lugar del crimen
para percatarse del último panorama de su muerto.

Como la primavera vuelve desde las fauces del invierno
con la vida en las manos de una flor inconclusa.

Como el perro del ciego vuelve después del golpe
con los huesos abiertos a la luz del mendrugo.

Como la noche vuelve con sus negruras nuevas
dejando al día roto con sus lanzas de hielo.

Como el peor hijo pródigo vuelve desde las calles
a la tranquila mesa y a los viejos aromas.

Herido con la herida más amplia y navegable.
Sediento con la sed más hija de la arena.

Así vuelvo a ti.

Alta hora de la noche

Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre
porque se detendría la muerte y el reposo.

Tu voz, que es la campana de los cinco sentidos,
sería el tenue faro buscado por mi niebla.

Cuando sepas que he muerto di sílabas extrañas.
Pronuncia flor, abeja, lágrima, pan, tormenta.

No dejes que tus labios hallen mis once letras.
Tengo sueño, he amado, he ganado el silencio.

No pronuncies mi nombre cuando sepas que he muerto:
desde la oscura tierra vendría por tu voz.

No pronuncies mi nombre, no pronuncies mi nombre.
Cuando sepas que he muerto no pronuncies mi nombre.

Otra muerta

Mi juventud era una rutilante naranja
su oro fresco acechado por los pájaros
por tus deseos acechado
desde la habitación con olor a polvo húmedo
llena de oscuridad y bibelots
donde un gran gato ácido reinaba

Pero eras vieja vieja
y me daba miedo tu piel
y tu labio colgante pintado de lila

Ahora has muerto ¿lo ves?
y yo comienzo a tener canas

Pianista al borde de una carretera rural

(*Sobre un tema de Henry Miller, en* Big Sur…)

Avanza como una oscura miel entre la brisa
la música encendiendo las venas de la noche.

(El piano de por sí despierta hondas edades
lentas edades lentas de oscura y gruesa sed).

Ratifica la estrella su silencio y escucha.
El prado abre su oído nocturno entre las cercas.

Sereno en los marfiles beben los dedos rápidos.
Scriabin decapita el olor del estiércol.

Los automovilistas de ataúd tempestuoso
pasarán injuriando las sonatas azules.

Las cuatro imprecaciones

¡Quieran los niños de los hospitales
orinar los retratos de los embajadores!

¡Quieran los perros pobres vomitar en la misa
cuando se esté casando el millonario
con la peor de sus amantes!

¡Procuren los borrachos moribundos
llamar al vino vino colocar una bomba!

¡Quiera la patria limpiar su lecho hediondo
a porquería de hombre!

Los proverbios

Donde ponga los pies el crisantemo
no crecerá el puñal.

El aire que batan las alas de los ángeles
será veneno para los tenientes.

La huella del venado en la orilla del río
desangrará las rodillas del contrabandista.

La rosa ciega a los campeones de tiro.

Palabras frente al mar

A Roberto Fernández Retamar

I

Vientre de la tormenta y de la sal
universo del pez refugio de la espuma
sostén del cielo que desde la arena contemplamos
en las súbitas tardes de venerar el suicidio:

tienes múltiples ojos dedos hirientes
como verdísimas ratas heladas
contra nosotros los descalzos y los desollados
contra nosotros los que aún debemos la última hazaña
y nos acercamos a ti audaces y miedosos
como a la orilla del relámpago

Derrama tu encrespada gordura en los barcos
cóbrate los cadáveres de las bailarinas viajeras
pisa las playas oscuras de otros lados del mundo
y déjanos en paz con nuestro inválido molusco de cada día

Oh mar que sea el amor cósmico entre nosotros
hasta que nos hundamos diseminados
en los caminos de las cenicientas estrellas

II

(Recordando a Yeats)

Me levantaré, timonel, e iré contigo al mar,
a sus fosforescencias nupciales arrebatadas al fondo de la noche.

(En su jardín de flores ahogadas
danza secretamente el último guardafaros
orgulloso de las saladas piedras en la orilla).

Iré contigo, timonel memorable,
hacia donde el aroma de la tiniebla muestra su gran agujero de
[yodo.

(En su gran barricada de coral eleva sus vástagos la tenue astilla
que rasgó la pupila de la última tortuga gigante).

Vamos, timonel del dulce terror,
sea el mar nuestro epitafio inacabable,
sea nuestro guía más ancho,
alfombra cruda poblada de estrellas para el alma neutral.

(Un claro delfín de aluminio…)

La caballista

La caballista cayó de culo sobro el mundo
aunque era hermosa como un crimen.

Por eso el público comenzó a rechiflar contra la arena de serrín
y a proponer insultos contra la espuma de los caballos.

La caballista no descifraba el parto de la hora
afuera llovía como solo suele verse dentro de un corazón
mientras las sábanas eran impedidas en todas las habitaciones
[del barrio
y algún pedacito de algodón negro aterraba por ahí
a un niño particular.

Era la hora de los raptores y de las damas que agitan pañuelitos
el polen se había quedado sin alas por la humedad albacea
y el sol evaporado mientras los inquilinos buscaban un gato por echar.

La caballista había hablado en una sobremesa de la muerte
y había pronunciado mi nombre antes del café definitivo
fue un martes «Roque Dalton» había dicho
«habrá de asesinarme entre gordos melones de feria
poseído por una leve borrachera de tragos y palabras».

Pero ahora todo está perdido
la hermosa caballista cayó de culo sobre el mundo
destruyendo en sí misma su perfección violable.

Los fantasmas bostezan pero tratan de morderme
el cielo no se ve solo da a entender que protege a los gimnastas
y yo comienzo a caminar limitado por la educación pavorosa
silbando una gastada cancioncilla de circo
mientras una lágrima se me renueva en la solapa
cada vez que tropiezo con esas raras piedras azules.



EL APARATO IMPERIALISTA EN CENTROAMÉRICA
Imperialismo y revolución en Centroamérica
Volumen 1

Roque Dalton

Este primer volumen del ensayo, hasta ahora inédito, *Imperialismo y revolución en Centroamérica* da prueba de que las dotes de Roque Dalton como analista político fueron tan relevantes como las de poeta. Su disección de las estrategias de dominación neocolonial en el Istmo contribuye a la comprensión de los resortes contemporáneos de la injerencia estadounidense, la alianza imperial con las oligarquías locales y la búsqueda de alternativas por parte de los pueblos. Maestro, como pocos, en el uso de la ironía para desnudar la injusticia, Roque desenmascara la manipulación mediática y religiosa como estrategias de los centros hegemónicos, así como la conversión de la «integración» económica y de los conflictos centroamericanos en instrumentos del imperialismo para desarticular las luchas revolucionarias en la región.

224 páginas, ISBN 978-1-921235-98-6

Pequeña oda báquica y familiar

El orden falso de los que se oponen al enjambre de los instintos
cae como un dios fusilado
cuando alzamos esta copa asombrosa.

(Yo nací en un jardín abandonado
por el agua entre las uñas del polvo
y por eso bebo como cayendo en las más altas mareas).

Aunque mi hermana Margarita diga que lo ven mal sus amigas
hablando mientras los actores y los lebreles
resurrectos en una guayabera o algo así
hacen daño a la luz que se escapa a la vergüenza de los santos.

Mi hermana Margarita debería comprender
lo que reclaman de sí los suicidas
debería comprender que uno anda solito
por las calles simbólicas que usan los enemigos
que el brindis es el emperador de los otorgamientos
y que hay utensilios incomprensibles
utensilios incomprensibles.

(Porque la verdad es que yo me aferré a una piedra musgosa
y me dio de beber pura sed
yo descendí por una cabellera
y me dio de beber pura soledad

yo le metí una profecía a la circunspección
y me dio de beber una sentencia:

uno al cabo se curva).

Mi hermana Margarita debería comprender que al quedarse uno
[quieto
solo procede el lenguaje de los ciegos.
Porque yo no quiero ir más allá del relato
que mutila y mastica y enamora:
soy apenas el bobísimo que alude
a lo que jamás entendió sin darse un trago.

Las compañeras de mi hermana Margarita
conspiran irreconciliablemente contra el calor de agosto
hacen sonetos y futuros soldados
con mi ayuda que ni mandada a hacer.

Que no lo sepa mamá
que no lo sepan mis chiquitines.

Pero entre los mosquitos y Bartok y el Viejo Ramos
que se dan sin abonos en esta isla increíble
bebo.

Hablan los exquisitos

I
Un amor

Lo que te digo del misterio lo comprobé desde mi primera niñez y lo que premonizo desde mi aparente severidad invencible ya fue cernido por mi miedo. De manera que no debe imponérsete para tanto mi acusación, ya que, con ser exacta, te dota piadosamente de un compañero en la desgracia, el que te acusa.

Échate pues a mi lado, vencida Maribel. Cierra los ojos como un animal recién golpeado por el joven amo que se aburre en estos tiempos de practicidad. Di tu canción, la que aprendiste de la moza judía cerca de la estación Mapocho o la que me confesaste al aceptarme aquel objeto obsceno, de belleza indecible, una mañana presidida por la embriaguez más vieja de nuestra juventud en el Mercado de la Lagunilla, en México.

Supongo que somos un par de personas marcadas por el veneno de nuestra fastuosa educación, por las mariposas negras de los templos, por los vampiros de las élites. Nos gusta el *whisky*, Maribel, nos gusta quedarnos demasiado tiempo desnudos, el uno junto al otro, con la ventana del techo abierta y pensando en otra locura más, la no inaugurada por culpa del minúsculo resto de pudor que guardamos para poder salir juntos a la calle. Nos fascina además el arrepentimiento, amor mío, esto es lo más grave.

¿Qué podríamos hacer? Porque si el meridiano de la violencia se nos acercara, podríamos salirnos de todo esto por la puerta del heroísmo, bajo la noche de los tiros, bajo la misma noche medio

alumbrada por los cuchillos rojos. Si el hambre nos mostrara los dientes, ya nos verían, ya nos veríamos —¿no es cierto, amor?— por los caminos desorbitados, por los cortos caminos en que el grito no tiembla.

Pero tal como vamos, Maribel, no es engordar, volvernos viejos, el destino que no hace falta adivinar para empezar a odiarnos lentamente?

II
Testamento o algo así

Hay una sed de mal que mi juventud no ha saciado.

No llega a ser una apetencia por males desastrosos, por crímenes de clamor o villanías que hagan palidecer al dulce loco de entre mis antepasados.

Pero sí de las negras complacencias diabólicas que aprendí de mi propia imaginación en las iglesias, mientras los solemnes maestros de moral citaban sin la menor vergüenza a Balmes.

Mi vida está completamente poblada de acciones que no me atrevo a confesar por temor a la envidia.

Es que la moral común arruinaría para siempre mi poesía. Y eso es lo peor que podría pasarme, exceptuando el hecho de que me lo descubran todo.

En fin, así camino. En ocasiones me avergüenzo pero tan solo por la alegría que me causan estas infamias secretas.

Qué le vamos a hacer. Desde muy niño supe que debía aceptarme como soy, ya que tanto la perfecta moral como el refinamiento más audaz son verdaderas complicaciones para quienes nos ocupamos de grandes combates y otras cuestiones parecidas.

Ángel de lo siniestro, apacentando los goces del cuerpo como necesidades del espíritu, a todas cuantas amé hice daño irreparable sumergiéndolas en grises tragedias de las que ninguna ha podido escapar hasta hoy.

Asomé a las grandes catástrofes y a las responsabilidades históricas con una banderita y los más horribles deseos de irme cuanto antes al partido de fútbol.

Idolatré a cuanto loco pudo tocar con los dedos el paraíso del absurdo.

Y a pesar de todo me aburrí. Como el más hábil de los aburridos en esta época que ya conoce la verdad de las cosas.

Beber en serio

A Adriano y Mary

Almohadita de olor del corazón
musiquita con alfileres que subes
hasta el cielo escondido de la boca
tumbli-tumbli amarillo en un pez seco
charranganeado al alba
bajo la soledad que hunde o decora.

Pozo con las paredes de turquesa
humedad en el codo que renuncia
crisis del aire luna llegando en ondas
piel sobrante de aquí a la quemadura
hueso de pie de pecho al filo hambriento.

Anteojo poderoso de la lágrima
palabra repentina en qué colgarse
muerte en qué recaer toda la vida.

Más orgullo

–Dime, muchacho, ¿cual crees tú que sea la más,
admirable de las virtudes?
Y Jones, ya aplacado, respondió prontamente:
–La más sincera arrogancia.

FAULKNER

En mi jardín pastan los héroes
se arrodilla la luna
se pisan las pelotas de Atalanta
se deja en huesos hondos a la estatua
se lava el cardo de pecados
se husmea el delirio del otoño

En mi jardín pastan los héroes

Cambiar de edad

En mi propio panteón de señorito
(de papanatas) navegaría contigo vaso de la crueldad
el más bello el de más rudo llegar
a los juegos del alma.

Y no le preguntaría más a los transeúntes
por el camino que perdí
si tú supieras cómo cansan estas búsquedas.

Porque al fin y al cabo la culpa
está en tu nombre tan parecido
y mi manía de prendérmelo todo
con un ganchito agudo al corazón
para ir pasando para ir
aguardando la ocasión verdadera.

No te olvides nunca de tu sonrisa
que tanto habla de aquellas manzanas
en fin de lo primero que se les ofrece
a los niños más débiles
conejito celeste mi querida
no importa que hayas echado esa ceniza en mi ya larga juventud
ella era de agua
pero yo odiaba su torpe tibieza.

Creo que ha sido mejor así
pues ahora sus flores se alimentan de sangre
y han bajado la voz de su perfume.

Además he descubierto los cipreses y no he llorado nada
y estoy seguro de que hoy hasta podría
dedicarme a crecer.

Los celos

Entonces llorarás por tu niño loco
prisionero en una muerte que no escogió
y dirás yo lo amaba yo lo amaba
pero será más tarde que cuando la gente pregunta
qué fecha es hoy lo perdonamos yo creía
tu niño loco no se arrepentirá
de que lo soportaras
tu niño loco te esperará detrás de la muerte
y supondrá la soledad de tu cuerpo
en todas las camas que visitarás
tu niño loco a lo más te recriminará
viva viva viva viva
pero en cada flor te tomará de los deditos
y te dirá mira esto es como mi ombligo
mira este es el poro aquel
mira aquí duele aunque uno
sea un simulador
mira aquí huele a nosotros
como en aquellas habitaciones marcadas
mira por aquí lloré
entonces tú dirás tiernamente mi niño loco
y me dirás amor te he reconocido
no sabía que estabas esperándome
habría urgido al chofer del bus negro

ya ves cómo no entiendes nada
qué mierda tenía que hacer este tipo en esto
siempre te gustaron los choferes perra
y al final tu niño loco muerto
te dirá bueno así son las cosas
te amo eso es todo
en fin a qué horas
te voy a ver mañana podríamos

México

En el nombre del hueso vulnerado
hecho cal a pedazos junto al polvo
en el nombre del ciego que resiste
la vecindad del sol desde su pozo.

En el nombre del ángel de la crisis
de quienes desesperan encerrados
en el nombre del hambre pisoteada
del que perdió la pista de sus pasos.

En el nombre del perro que se muere
al filo de tu sed áspera y fría.
en el nombre del fuego en que reposa
tu cúpula de nieve malherida.

En el nombre del árbol que reseco
recuerda sus cadáveres colgantes
en el nombre del grito carcomido.

En el nombre del hombre del abismo
que de su corta piel crece y te cubre

La revolución

(Si mi sangre quieren, mi sangre les doy…)

CANCIÓN POPULAR

Sangre y más sangre levantó del polvo
su viejo grito su grito tumultuario
alzó la sudorosa bandera bajo el sol
quemó su pie desnudo su huarache
su piel hedionda a sal
que la canana intensa defendía
arrastró su caballo y su guitarra
su china taciturna
sus húmedos recuerdos
y su furia de macho bien parado
junto a la vieja ingratitud de la tierra.

Ahora está dormido
viejo ebrio de pulque
su escopeta oxidándose
en un rincón husmeado por los cerdos

Turistas yanquis en una iglesia antigua

Deberían fusilar a todas estas ancianas.

Torturarlas deberían por el pecado de su cháchara.

Degollarlas previo aviso para que recen en inglés
entre las carcajadas de los verdugos.

(Diablas con moños amarillos,
brujas nalgonas asombradas de vernos caminar silenciosos,
ruinas vociferantes que ofenden al sol.
Hay que hacer algo).

Los monjes las atienden, sin embargo, corteses,
ante la evidente mirada de furor de San Pedro…

Pedro Flores, que fue bracero…

Y es que yo lo probé todo
les dije: Buenos días tomen esta flor
y argumentaron que debería bastarme el Seguro Social

Amanecí entre un poco de sol gritando: Hermanos
a mí con el amor camaradas
los días serán tibios y bellos
ingenuos como esos gatos de barro popular
que se venden en los grandes mercados

Y me contestaron que todo ello era
imborrablemente vergonzoso
y que debería ir a ahogarme a otra parte
porque manchaba la alegría de las luces de neón navideñas
y el pan honrado de los burócratas dichosos
y los días de franco de los agentes federales
y las reflexiones de las que esperan a sus profesores
para acariciarse de acuerdo con la ley

Me repitieron —cómo crepitaban de furia
yo sin saber por qué—
vete por fin
cae de hocicos
en las cenizas de tu ternura
en las cenizas
ya sacudidas de tu ternura

Megalomanía

Federico II con todo y ser emperador de los altivos alemanes
fue excomulgado por el papa de entonces:
es que hizo obligatorio el estudio de la medicina a los médicos
antes de que cobrasen por recetar infusiones
o extirpar carne de la carne del hombre.

A Miguel Servet lo excomulgaron poco antes
de hacerlo coincidir con la ceniza:
dicen que para apresurar las condiciones
de seguir discutiendo las intrépidas ciencias en la cómoda
[eternidad.

Martín Lutero creyó que Dios Padre sufría del hígado divino
viendo por entre las nubes cómo los curas gordos correteaban
por los barrios de las ciudades en provechosa de indulgencias
pagadas al contado.
Excomulgado fue por defender el hígado de Dios.

Acciones tan maravillosas tendría yo que hacer
—flaco, débil, el ojo taciturno, el aspecto abolido—
para que también me excomulgasen
dejando a salvo mi honrada vanidad para siempre.

El santo Hernán

Hernán Cortés era un sifilítico iracundo
hediondo a cuero crudo en sus ratos de holganza
vengador de sus bubas
en cada astrónomo maya a quien mandó a sacar los ojos.

Hombre hecho a las fatigas de los piojos
a los humores del vómito perla del agrio vino
ahora reposa entre los inconstantes brazos del incienso
bajo la misa diaria en la iglesia de Jesús Nazareno.

Altorrelieve barroco

Piedra tenue de rostro descubierto
casi con simples uñas españolas
siempreviva en los jardines muertos del polvo
donde se levantó la sotana Fray Junípero:

no envidies la estirpe
desaforada de la campana
no desesperes

Tú deberás crecer alguna vez
como la semilla del animal

Baste a tu envidia
saber que nunca tendrás que gritar aleluya
languidecer crucificada sobre un pan enano

Me has faltado del pecho tú me faltas

España del abuelo muerto
en sábanas de Holanda
su cadáver parado bajo la tierra tenso
en el que no entraron los gusanos
tosiendo noblemente junto a los arroyos subterráneos
desde el alma de roble mojado por el vino
España de viejas maldicientes resecas
vírgenes hasta más no poder hasta quedarse calvas
del hondo espíritu
España mi sentimiento de nacionalidad
mascando goma inglesa de mascar
curándose
los arcabuzazos de hace cuatrocientos años
con goma de mascar
alcanza a dar su llanto por Miguel de Cervantes
el antiespañol más bien dotado
que aherrojan hoy los ateneos en un florero muerto
España me sonrío
«great grass bell of austerity»
«when the sobriety
was the drunkeness»

Las promesas

Tú serás la última mujer de mi vida
Oh Rose Marie *blanche colombine* labios de flor recién cortada.

Tus hondos ojos alcanzan a poblar de luz
los años que me quedan para adivinar el día de mi muerte.

(Las mejores promesas son las que dichas ardientemente
se violan luego con gran dolor
bajo la sombra de todos los remordimientos).

Tú serás la última mujer de mi vida
oh pequeña Cristina…

El olvido

Anoche soñé que me decían: tu amor ha muerto.
Tu amor, la dulce amada de tu juventud,
ha muerto.

En una ciudad fría del Sur
donde los parques son una gran gota de rocío,
a la hora en que la niebla es aún virgen.
y el cielo se rehúsa
a la mirada de los desesperados.

Y murió —me decían— sin pronunciar tu nombre.

Nuevos recuerdos

Lejos tu piel de pantera rosada
de perla dócil a la mordedura

Lejos tus ojos de grieta insondable
lejos tu boca de flor
musical

Tu cabello de hondo traspié en el pozo del sueño

Tus pies como dos animalitos desnudos

Retrato en negro

Me complicaré algún día en un asesinato
hermoso como ciertos barrios húmedos en las noches de agosto.

Al final no habré sido yo quien hizo el disparo mortal
pero seré un cómplice glorioso
hablando a solas con mi terror
entre el calor hediondo de las alcantarillas.

Y como habré sido cómplice de una mujer
que por lo menos tenga tu lengua de serpiente
y como nuestro muerto habrá sido un ser dulce y taciturno
(tanto como yo en estos días
cuando pongo mis manos a temblar en tus manos)
ocuparé los demás años en labrarle otra cara al amor
en hallarle otros caminos oscuros
a los remordimientos que me he acostumbrado a respirar.

Tipos

El silencioso el tímido el que todo lo espera
genuflexo ante todo lo que asombra
hincado a dos rodillas ágiles
sobre los intersticios de los surcos sedientos

el palabroso ganapán de las agrias chicherías
absurdo cíclope del crimen verbal
ocultando la pisadura del miedo

el del automóvil fulgente saliendo de su cuello de lirio duro
adormecido el ojo reprimido el poro gastado
por el aroma de la mujer cogida lejos de la hierba

el del fusil con las manos hundidas en la modorra verde
del día uniformado
hasta que lo despierta la patada y la risa
y la escupida del teniente

y tú

y yo.

Mecanógrafo

Sales de tu casa por las mañanas
con olor a jabón pensando en las macetas
de claveles en el daño que les hacen los niños
ya estás bien del resfriado el sol
sabe a cognac barato a trago grande de él
¿es la mañana un vaso indescriptible un vaso
en cuyo fondo queda siempre la resaca
de las dichas de ayer de otros ayeres como ayer?

No te importa
tomas el bus frente a la Penitenciaría
ahí quedan —hace frío hace fiebre— los allegados a la violencia:
los asesinos los ladrones los poetas los locos
los revolucionarios los santos del altavoz
los imprecadores por el amor
con los ojos abiertos

Mas no te importa
bajas cerca de la oficina
y compras un periódico como todos los días:
han invadido —al fin— a Cuba
desde la altura el fuego mató niños en las playas ciudades y más
[niños
pasas luego a los cómicos la solución —tarareas—
del crucigrama el horóscopo Géminis y tu buena estrella

—ella ha nacido en Tauro con sus ojos azules—
el partido del domingo ha sido suspendido
por el estado de emergencia nacional —una lástima—
nuevos presos políticos la policía balaceó a un obrero
gran campana anticomunista se persigue
con gran ardor patriótico a las organizaciones clandestinas

No te importa
subes las escaleras buenos días doctor
muy buenos días señor jefe de sección
muy buenos días —bajas la cabeza— cómo está Usted
señor —sonríes— director

Luego te sientas frente a la máquina
rutilante como un ópalo en la barriga de un gran pez
—beatífica la sonrisa satisfecha la piel
desnuda entre la ropa y los zapatos—
alargas tus dedos blancos de pianista
(yo vi en una película a Chopin el pobre
se murió tísico —sangre en el pañuelo— por excesos de amor)
tus diez dedos pulcrísimos y tac
tac tac tacatac no te importa
nada tacatac
eternamente tac
tacatac
hondo es el pozo tac
tacatac tac
tacatac

Dios lamentable

Desnudo lees
las cotizaciones de la Bolsa de Nueva York llegadas en el avión de
[la mañana
tu piel como la de un tambor vencido hace años que no tiembla
te fastidia
la reverencia del sirviente
debes hacer cambiar el terciopelo del diván tiene un color
en demasía cruel para los amaneceres en que llegas
desde las llamaradas del ajenjo
tu soltería es como un ganso furioso en medio de los cisnes
cuarenta y cinco años ya algunos síntomas de hastío
y Julia
con su cara de mártir bizantina
su falta de pudor eso tan excitante
y su árbol genealógico cuyo ramaje arrasa los recuerdos de tu
[niñez
otro vaso de Buchanan on rocks *y una música suave Sebastián*
después una langosta que hierva lentamente en agua de limón
mientras te bañas
entre los tibios azulejos llenos de ángeles verdes mala cosa
las cotizaciones de Nueva York el café
huele mal este año te fastidia
la reverencia del sirviente ¿no sería mejor una muchacha
de pechos como frutas jugosas y caderas
de fúlgida potranca?

pero Julia diría que no eres digno del *esprit* de Sebastián
mal negocio
también el algodón este año los garfios que te atan
voraces a la tierra
que no te dejan solo en la celeste nube del alcohol el café
esa música gruesa y cancerosa Sebastián (hijo de…)
quizás será mejor dejar el mismo terciopelo
por unos meses más es suave y cómodo
como una gata
como una gata ocre claro
Julia sabrá qué hacer el algodón no es suficiente
habrá que prepararse para los años malos
¿qué día es hoy?, domingo es hoy hay misa
hace años que no asistes a misa
hasta en las ocasiones de las bodas te quedas en el patio
anticipando el *party* con historias obscenas
mi traje negro Sebastián de prisa
aún podrás llegar a San José
dios lamentablemente derrumbado
y te pondrás en fila para usar al Gran Dios
que al fin y al cabo pagas
pero
esa
es otra historia
que hoy no tengo deseos de contar

La aristocracia

¿Compartir con vosotros el inocente aire? ¿Ver
las praderas que miráis?
¿Adivinar el agua que romperá las redes de la misma sed?
¿La calle y sus doce nuevos aromas
hacer lecho común de pasos tan distintos?
¿Cruzarnos tan siquiera bajo los sicomoros pensativos?

«Mi berlina, ¡que traigan mi berlina!».

¡Rápido, a tomar té con las estatuas,
a desencrucijar al Minotauro,
a limpiar los residuos de la orgía,
a mear cerca del Conde-Duque de Olivares!

¿Cómo no odiar entonces todo eso de vuestros sindicatos?

José Matías Delgado

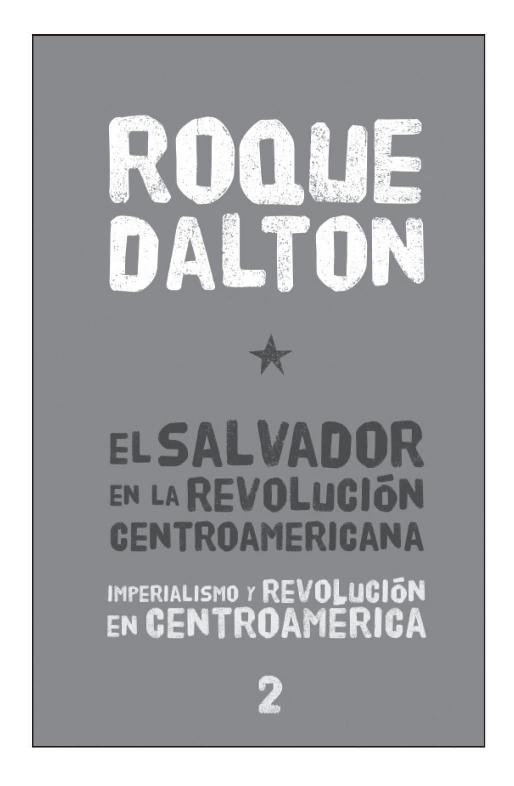
Te imagino como a ese abarrotero español narizón y fornido
pero con una tenue halitosis pugnando por quedarse
lejos de ti en el día
perdida entre los terciopelos de tu almohada.

Fumabas a escondidas de las viejas
te irritaban las confesiones sórdidas de los cuarentones
eras estrepitoso en el resfriado
amanecías a veces ojeroso
erecto el corazón.

¿Qué quería la patria
esa de los escudos y el tararí de las trompetas?

El general Martínez

Dicen que fue un buen Presidente
porque repartió casas baratas
a los salvadoreños que quedaron…



EL SALVADOR EN LA REVOLUCIÓN CENTROAMERICANA
Imperialismo y revolución en Centroamérica
Volumen 2

Roque Dalton

Hay preguntas que, al decir de Roque Dalton, desencadenan un alud de respuestas y a su vez abren el camino para otras preguntas más complejas. Esa es la intención de este libro —segundo volumen del ensayo *Imperialismo y revolución en Centroamérica*—, que potencia un acercamiento crítico a la insurrección salvadoreña de 1932 y a la desintegración del Partido Comunista de El Salvador provocada por la represión gubernamental.

132 páginas, ISBN 978-1-921438-94-3

Madrigal

Era más hermosa que una fábrica checoeslovaca
cuando uno piensa en ella
después de una tortura de cuatro horas
en las habitaciones más claras y aireadas
del Cuartel de la Guardia Nacional.

A Manuel José Arce

Todo está
muy bien.

Pero quien fundó el ejército, fuiste tú.

¡Tú!

Postal a Manlio

Del odio nada, Manlio, intacto
sigue desgastando las calles espesas.

Yo sigo riendo mientras puedo,
solo que hoy duele más, se paga más, la risa,
expediente furioso el de estos días
imperdonables.

Te felicito el sol, negro feo,
tu risa poblada de grandes dientes francos:
felicitóte la nueva caminata,
yo que te vi nacer, que te ayudé a nacer,
asperidad risible la de nuestro cariño.

Te pagaré dos tragos amplios cuando vuelvas,
te ayudaré a cantar en el bar que tú sabes,
te ayudaré a charlar de tu muchacha de marzo.

¡Ah Manlio este,
poniendo en pie a la pólvora!

Escribe, escribe…

El traidor

Caminaba el desprecio a tu lado
amarrándote las estrellas de la sangre con el traje
muro o camisa donde se queda pastando la furia

A pesar de ello hacías temblar la tierra

La magnificencia lejana de tus amos
hablaba empero al oído de tu deleite:
tú también tú también podrías hacerlo
basta con que abomines de tu cólera malhadada
y te inclines tenaz
a solas
inflando tu sola alma bajo la guardia de la soledad

Y te fuiste nomás
y hoy nos desprecias

Carpintero en el taller

Elaborando los huesos de los árboles
con el alud del hierro dominado
y la implacable amortajación de la cola…

¡Y pensar que es todo ello para que hunda su nalga
en un sillón amable, el rico!

Lo que me dijo un anarquista adolescente

*(Este proyecto no es original. Me fue comunicado por E.B.,
obispo en sus ratos de ocio, quien a su vez lo recibió
de labios del anarquista adolescente que
menciono, de oficio retratista).*

No matéis a los curas, pueblos que despertáis y caéis en la cuenta
de la estafa más grande que edad alguna oliera.

Por el contrario, estimulad su cría,
cebadlos uno a uno con esmero acucioso.

Así podréis ir luego montados en curas gordos al trabajo
—la gasolina siempre tiende a subir—,
dejarlos amarrados a la puerta del bar,
decir —oh desdeñoso ancestro que os resurge—
que el vuestro está más brioso que los otros mostrencos.

Los domingos llevaremos a los niños a las carreras de curas
—único juego de azar que será permitido—
en las cuales brillarán los descendientes *pur sang* de los obispos.

Habrá curas de tiro y carga, curas trotones, curas sementales,
y tendrán los establos olor a santidad.

Los curas inservibles serán embalsamados
y vendidos como adornos de salón:
la tonsura podrá servir de cenicero.

El arte de morir

El otro: —Lo que Ud. quiere saber es, en cierto modo, el arte de morir.
El hombre: —Al parecer es el único arte que hemos de aprender hoy.

F. DÜRRENMATT

Tómese una ametralladora de cualquier tipo
luego de ocho o más años de creer en la justicia

Mátese durante las ceremonias conmemorativas
del Primer Grito
a los catorce jugadores borrachos que sin saber las reglas
han hecho del país un despreciable tablero de ajedrez
mátese al Embajador Americano
dejándole a posteriori un jazmín en uno de los agujeros de la
[frente
hiérase primero en las piernas al Señor Arzobispo
y hágasele blasfemar antes de rematarlo
dispérsense los poros de la piel de doce coroneles barrigudos
grítese un viva el pueblo límpido cuando los guardias tomen
[puntería
recuérdense los ojos de los niños
el nombre de la única que existe
respírese hondamente y sobre todo procúrese
que no se caiga el arma de las manos
cuando se venga el suelo velozmente hacia el rostro

Los escandalizados

Sí.
sí
yo sé que odiáis la risa
los polvos y los lodos los residuos
la floración la tala edificante
el cuido
de la risa.

¿Acaso no es la risa un clarín sucio —decís—
una huera navaja capaz de andar ahí
de mano en mano
haciendo daño por ejemplo a Dios?

Oh que es repugnante
la risa
—exclamáis con amplios gestos de asco—
indigna es del hombre y sus espinas
indigna de sus cirios helados
cuya mínima luz hiela las sombras.

Indigna la risa
indigna la sonrisa
la carcajada indigna.

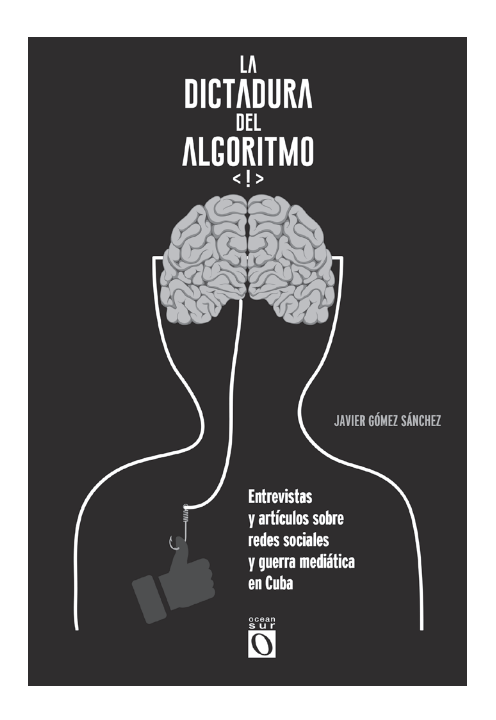
Escupid
es decir
hablad.

Yo me río.

Bajo las sábanas me río.

Es fruta fácil
generosa
la risa.

Yo me río.



LA DICTADURA DEL ALGORITMO

Javier Gómez Sánchez

«No deja dudas sobre las necesidades y los retos de luchar contra las maquinarias productoras de "algoritmos" hegemónicos y nuestras relaciones asimétricas ante las tecnologías que, siendo grandes avances del conocimiento, simultáneamente son armas de guerra ideológica contra los pueblos». —Fernando Buen Abad

224 páginas, 2022, ISBN 978-1-922501-34-9

Final

Lo terrible

Mis lágrimas, hasta mis lágrimas
endurecieron.

Yo que creía en todo.

En todos.

Yo que solo pedía un poco de ternura,
lo que no cuesta nada,
a no ser el corazón.

Ahora es tarde ya.

Ahora la ternura no basta.

He probado el sabor de la pólvora.

Yo quería

Yo quería hablar de la vida de todos sus rincones
melodiosos yo quería juntar en un río de palabras
los sueños y los nombres lo que no se dice
en los periódicos los dolores del solitario
sorprendido en los recovecos de la lluvia
rescatar las parábolas deshojadas de los amantes y dároslas
al pie de los juegos de un niño
elaborando su dulce destrucción cotidiana
yo quería pronunciar las sílabas del pueblo
los sonidos de su congoja
señalaros por dónde le cojea el corazón.
dar a entender al que solo merece un tiro
por la espalda contaros de mis propios países
imponeros de los éxodos de las grandes
emigraciones que abrieron todos los caminos del mundo
del amor aun del arrastrado por ahí
por las acequias
hablaros de los trenes
de mi amigo que se mató con un puñal ajeno
de la historia de todos los hombres desgarrada
por la ceguera por los arrecifes del mito
del siglo que acabarán mis tres hijos varones
de la lengua del pájaro y la espuma furiosa
en la estampida del gran cuadrúpedo
y quería hablaros de la Revolución

y de Cuba y de la Unión Soviética
y de la muchacha a quien amo por sus ojos
de mínima tormenta
y de vuestras vidas llenas de amaneceres
y de personas que preguntan quién lo vio quién dijo eso
cómo podría hacerse yo llegué
antes que tú
y de todas las cosas de la naturaleza
y del corazón y sus testimonios
de la última huella digital antes del aniquilamiento
de los animalillos y la ternura
quería sí deciros todo eso y contaros
muchas historias que sé y que a mi vez me contaron
o que aprendí viviendo en la gran habitación del dolor
y cosas que dijeron otros poetas antes que yo
y que era bueno que supierais

Y no he podido daros más —puerta cerrada
de la poesía—
que mi propio cadáver decapitado en la arena

México-La Habana-San Salvador-Praga.
1961-1965

Nota:
Explicación una dedicatoria

Mi libro de poemas *El turno del ofendido* fue dedicado, desde su versión original (ahora se ha transformado en otro libro), a un Director de Policía de El Salvador, aunque también lo fue a otras personas, amadas o deleznables. Esa dedicatoria que especifico, reza así:

«Al general Manuel Alemán Manzanares: para conseguir fuertes sanciones en mi contra, hizo el mejor elogio de mi vida, muy exagerado, a decir verdad…».

El elogio al cual se refiere está contenido en el «Parte Confidencial» que con fecha 10 de octubre de 1960 dirigió el mencionado general Manzanares —un indígena gordo parecido extraordinariamente al león del Mago de Oz, en la versión cinematográfica norteamericana a través de la cual Judy Garland se introdujera para siempre en nuestra infancia eterna—, al presidente de la república de El Salvador, coronel José Alaría Lemus —un desagradable y ridículo loro bolivariano, que no duró mucho en el poder, gracias al criollo y expeditivo sistema del golpe de Estado— y en el cual, entre otras cosas, se decía textualmente:

«Teniendo datos fidedignos que en una finca propiedad del señor Adolfo Espinoza, ubicada en jurisdicción de Rosario de la Paz, se encontraba el bachiller Roque Dalton, una comisión de agentes de la Sección de Investigaciones Especiales fue destacada en aquel lugar, logrando capturar al referido bachiller a las veintitrés horas treinta minutos del día nueve del corriente mes… En

el momento de la captura se le decomisó al bachiller Dalton varios libros de ideología puramente comunista, tales como *El materialismo histórico, El materialismo dialéctico*, *Songoro cosongo* de N. Guillén, y otros. También se le decomisó un corvo sin vaina y un fusil calibre 22 sin cartuchos… Me permito informarle que este es un elemento de lo más peligrosísimo para la tranquilidad nacional. Está reseñado como un comunista de primera línea; constantemente vive agitando a la masa obrera, campesina y estudiantil, infiltrando sus ideas comunistas, poniendo en práctica consignas del comunismo internacional que ha recibido en cónclaves comunistas que se han celebrado en países detrás de la Cortina de Hierro y a los cuales ha asistido en representación del estudiantado universitario. Su actuación política data de muchos años, siempre en el sector comunistoide. Forma parte de la Acción Estudiantil Universitaria, considerada como el foco comunista de la Universidad de El Salvador. Ha formado células rojas entre obreros, estudiantes y campesinos, incitando a estos últimos en especial para que protesten o empleen la violencia contra los terratenientes. Estuvo detenido por haber tomado parte activa en los actos de sabotaje efectuados el día 14 de diciembre de 1959, en ocasión del desfile militar conmemorativo de la revolución de 1948. También tomó parte activa incitando al populacho para que asaltara el edificio de *La Prensa Gráfica* el 16 de agosto de este año, después de haber hablado en una concentración donde insultó al gobierno y demás autoridades. Es uno de los principales dirigentes intelectuales de todo este movimiento de carácter subversivo que ha alterado la paz y la tranquilidad de la nación… Como podrá apreciarse por sus antecedentes, el bachiller Roque Dalton constituye una verdadera amenaza y por esa razón el suscrito estima necesario que en caso de no tomarse medidas más drásticas, se le expulse a un país que no sea Guatemala ni Honduras, pues al expatriarlo a una nación cercana, siempre se estaría en el peligro de que continuara en sus malsanos propósitos».

El muy ilustre señor director general de la Policía Nacional, general don Manuel Alemán Manzanares, pobrecito, me hizo entonces muy feliz con sus mentirotas de niño asustado, porque, a decir verdad, yo era demasiado superficialmente fatuo. Luego pensé que al ser tan falsos los cargos que me adjudicaba con su prosa tremendista (ya que de haber sido ciertos —y haber sido correcto por lo tanto, eso de que yo soy un elemento «de lo más peligrosísimo»— este servidor de ustedes estaría encabezando a estas alturas la revolución del Segundo Territorio Libre de América) yo quedaba ante mí mucho más desenmascarado que nunca. ¿De tal manera que los jefes de policía de mi país tenían que ponerse a inventar para lograr que se me condenara como revolucionario? Mis verdaderas obras eran tan insignificantes que no aparecían por ninguna parte en el parte: el general Manzanares actuaba en rectificación del verdadero bacín de mi vida. E hice un juramento solemne: a partir de entonces yo mismo me encargaría de proveer de materiales en mi contra al juez. Por eso escogí mi profesión actual.

Cortadas ramas retoñables

Los poemas que se incluyen en esta sección aparecieron publicados en la edición príncipe, pero fueron eliminados por Roque Dalton cuando preparaba su poesía completa.

Tres muertos

(Óscar, Armando, René, se fueron de la vida
mientras mis ansias chocan entre cuatro paredes).

Solamente en mí estábais reunidos en la vida
y he aquí que la muerte
os ha atado las manos con el mismo lirio de sangre,
alzando vuestras rutas dispersas hasta un mismo sollozo
hasta dejaros juntos en ese territorio terrible
donde ni las preguntas pueden establecer su música y su luz.

Os amaba a todos de distinta manera
y de repente me dicen que estáis muertos,
que ahora sois como dolientes flores
adornando la tumba de estos días que ciegan,
que habéis sobrevolado el cerco de las horas,
que sois lejos del agua ya nada más las sombras
del clima y el sonido de los hombres que esperan.
¿En dónde estáis, oh amigos muertos,
que ayer habéis bebido el aire de mi casa,
que ayer habéis tocado mi voz con vuestras manos,
que ayer habéis cernido el agua de la risa
sobre mi lacerado corazón?

¿En dónde estáis? ¿Es duro
ese paso sin aire y sin abrazo
que entre la desnudez más clara y más desnuda

habéis podido dar,
dejando en el perfil de los cadáveres
signos que no se leen con los ojos abiertos?

¿Lloráis, como he llorado, las jornadas del odio?
¿Dáis cabida en las manos al vuelo del asombro?
¿Lleváis aún la sed de los que aman
entre el inolvidable recuerdo de las venas?
¿Cuánto debéis saber, queridos muertos,
oh vosotros que ahora disteis un paso más que los que cantan:
muy grande os imagino la mirada y su prisa,
tan lejos de la duda habréis llevado ahora
el camino que os queda frente al insomnio eterno.

Yo
me quedo en la vida y os agito las manos:
adiós, adiós, queridos, algún día hablaremos
sin esta infiel distancia que dejó vuestra fuga:
la isla de carne y hueso en que vivo y termino
tiene las mismas alas que hoy bate vuestra ausencia…

Los consejos

(A Roberto Armijo)

—Solamente el asombro me mantiene la vida—
me decía aquel viejo con los ojos a cuestas.

—Al asombro me aferro como el peor ahogado,
el cobarde que araña las mejillas del agua.

Que el asombro te guíe como tu padre cuando
caminabas de niño por los parques floreados.

Que el asombro te guarde de ser muerto en la sombra.
Que el asombro te libre del orín de los días.

Solo el asombro enseña los coros del silencio.
Solo el asombro entrega la verdad de las cosas.

Solo el asombro limpia la mirada del muerto.

La lección

Tu lengua licúa en mi boca una profunda selva de noches
un encadenamiento antiguo de oscuros aromas olvidados

Tu pecho se levanta
contra mi pecho como una gran muralla dulce
alza sus torres indecibles sus dorados temblores

Tu sexo acoge mi parte terrible
la cubre como una bella madre como un nido de fuego
deleitoso
como un ala resulta en río interminable

Entonces
solo entonces comprendemos
que aún no sabíamos nada de la vida

Ofrecimiento

Señora, créame,
en la oscuridad
soy bellísimo.

Canciones

Cuando el hombre las ha cantado sin morir
ha quedado como pura cáscara de la sangre:

dedícase a caminar por los cementerios de los pescadores
entre sensualidades y plantas de fuego
trémulos pasos en su siglo de sabidurías amargas
de novias fervientemente destruidas por el miedo
y mapas de triste vinagre
donde se posan los leves cadáveres de las arañas.

Esfera

La jorobadita
que dio aquel mal paso…

Anna

Leve vaca de caderas de mar
pastando en una iglesia vacía.

Dudo de todo:
mucho más cuando dicen que debo
buscarte una habitación en la Historia.

Pronunciar tu nombre es como beber Coca Cola en Montevideo,
digo yo;
como ser expulsado de un taxi
porque va a comenzar la guerra hoy a las dos de la tarde.

Solo la luz te ciega, como a los arcángeles.

Anónimo del siglo XX

«…pequeña de cuerpo. Pero sus grandes ojos negros y rasgados hacían que uno —por no sé cuál mágico destino— la mirara siempre hacia arriba, hacia el esplendor de las estrellas o el sol. Su piel era —según el método descriptivo del Cid Campeador, explicado en ocasión de aparecérsele en forma etérea a Vicente Huidobro— una hermosa piel de mujer sobre la que, sin embargo, no habría costado apenas imaginar frescas similitudes de musgo y geografía. Una y otra vez la recordaré, buscándome a tientas entre la niebla de la casi-noche, surgiendo desde los distintos niveles de las piedras fantásticas —cercanas a la orilla del viento y al final del mundo— con los labios y las mejillas llenos de un temblor húmedo como su candor inviolable. Extendía los brazos en dirección de su corazón (el que le había formado aquel erguido pecho palpitante) y balbuceaba mi nombre, nunca con tanta dulzura peor señalado…».

(Del texto escrito en un papelillo verde-agua, encontrado, inmediatamente después de una función de las seis y treinta de la tarde, en uno de los pasillos-escaleras que de Balcón a Preferencia conducen, en el cine Apolo, de San Salvador. En el reverso de dicho papel podía leerse las siguientes anotaciones: «Luis, tel. 2863. 1º) Llevar el dinero casa señora Isabel. 2º) Sacar pantalón Dry. 3º) Pedir Armijo devuelva Juan de Mairena. 4º) Pedir Pichón devuelva Maiacovsky». La frase señalada con el numeral 2º, aparecía rayada con lápiz rojo, posiblemente en testimonio de cumplimiento. También estaba anotado lo que parecía ser una dirección incompleta, las señas de una casa en una ciudad extranjera: Mac Iver 726, departamento 16).

Los culpables

Si Uds., queridos Padres del Colegio,
doctores de la Facultad,
señores Magistrados, Ministros,
papá y mamá,
Tenientes-Coroneles,
hubieran ingresado en su tiempo
al Partido Comunista
(y quedádose ahí)
yo aún estaría
en algo así como el Partido Demócrata Cristiano.

Pero ahora no tengo más remedio.
¡Y no niego que me hace en ocasiones temblar
esta inmensa responsabilidad!

Os conocí tan puntillosos, serios…



Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, desarrolla múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman sus doce colecciones: Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Nuestra América, Cultura y Revolución, Roque Dalton, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Pensamiento Socialista, Biblioteca Marxista, El Octubre Rojo y la Colección Juvenil.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

EL TURNO DEL OFENDIDO

Los poemas que integran *El turno del ofendido* reflejan con profundo lirismo el interés de Roque Dalton por temas sociales e históricos, al tiempo que critica mordazmente la «historia salvadoreña». Afloran además, en este libro, poemas de alto contenido indigenista y religioso, en los que cabe advertir a ratos una postura anticlerical.

Este volumen es, sin dudas, un paso en el desarrollo de la poética del escritor salvadoreño, quien hace gala de originalidad, experimentación, fuerza expresiva y compromiso social, características que prefiguran eso en lo que luego se convertiría: un autor indispensable de las letras latinoamericanas e hispanas.

Roque Dalton (El Salvador, 1935-1975) es, sin duda, uno de los intelectuales y revolucionarios más interesantes y audaces del siglo XX en América Latina. Aunque ha sido más conocido por su poesía, sus títulos abarcan todos los géneros literarios, e incluyen: *Taberna y otros lugares* (poesía, 1969); *¿Revolución en la revolución? y la crítica de derecha* (ensayo, 1970); *Miguel Mármol. Los sucesos de 1932 en El Salvador* (relato testimonial, 1972); *Pobrecito poeta que era yo* (novela, 1976), entre otros.

US$17.95





